
LETRAS LIBERTARIAS volumen uno
10 cuentos sobre ecología
Editorial Eleuterio

10 Cuentos
sobre Ecología





Aarón Argaez jiménez
Juan Carlos Cortés Quijano
Sandra Criollo Morocho
Rodrigo Torres Quezada
Federico L. Baggini
Cristián Hermosilla
Nicolás Carlos de Anda
Alethia San Martín
Capamonte
María Nectly Ortega Villegas



Varias autoras y autores latinoamericanos
10 Cuentos sobre Ecología - 1a ed. - Santiago de Chile:
Editorial Eleuterio, 2016.
120 pp.; 15x15 cms. (Letras Libertarias - 1)

ISBN 978-956-9261-16-9

1. Literatura – 2. Cuento latinoamericano – 3. Ecología – I. Título.

Letras Libertarias es una convocatoria gestionada por Editorial Eleuterio. Esta primera versión contó con la colaboración del escritor y dramaturgo Michel Lapierre Robles, quien asesoró la selección final de los manuscritos. Además, participaron de la edición los ilustradores Mario Riffo y Antropomorphos, cuyo trabajo fue completado por Artes Gráficas Cosmos.

Edición: Grupo Gómez Rojas
Proyecto gráfico: Artes Gráficas Cosmos
Cubierta: Mario Riffo

ISBN: 978-956-9261-16-9

Editorial Eleuterio
Avenida Salvador 1319, Providencia,
Santiago de Chile
http://eleuterio.grupogomezrojas.org
eleuterio@grupogomezrojas.org





ÍNDICE
10 CUENTOS SOBRE ECOLOGÍA

Invitación
La naturaleza habla

Amigas y amigos: les invitamos a disfrutar y reflexionar junto a quienes nos otorgaron un momento de sus vidas para escribirnos de sus alegrías, temores y esperanzas. Cuentos de utopías y anti-utopías de mujeres y hombres libres que encuentran la libertad en compartir junto a otras personas: para vivir libre es necesario el amor. Solidaridad que se da en plena conciencia, y que busca atentamente, en las relaciones del universo, las formas más armónicas y naturales.

La anarquía es, para nosotros, en este instante, la manera del mejor vivir posible. Sean orugas que desean sus alas para volar a donde sus padres les dijeron que se encontraba el paraíso, sea aquel niño que viendo fotografías de perros sueña con un mundo mejor; sociedades que se ocultan para vivir en *comuna*, cachorros que juguetean o compañeros

venidos de distantes rincones, que luchan contra emperadores o cazadores de ballenas. Nos dirán que es imposible, que son *puro chamullo, puro cuento*... Tener fe en el presente es tener certeza en aquello que aunque no se puede ver, sentimos, pues no esperamos futuros, sino deseamos y construimos en el presente. *Cuidar el planeta*, frase teñida de capitalismo cuando se suman conceptos como *recursos* y *beneficios*, no la encontrarás, más bien esta otra, más sabia, incrustada en el espíritu de cada cuento: *somos la naturaleza formando conciencia de sí misma.*

Por estas y otras tantas razones que descubriremos gozando juntos estos relatos, te invitamos nuevamente a leer este pequeño libro, muestra de cariño por la Madre-Tierra.

¡Salud y Libertad!
¡Juego y Alegría!

Grupo de Estudios J. D. Gómez Rojas,
Santiago de Chile, noviembre de 2013.

Los días obscuros del calendario

Aarón Argaez Jiménez



Einstein dijo que sin las abejas no sobreviviríamos más de cuatro años. Ahora ya no hay abejas, ya no hay nada más sobre la Tierra salvo un insípido vacío de árida piedra percutida de polvo y cenizas que se extendían hasta perderse en el horizonte opaco. Los edificios se alzaban como monolitos, se erguían despedazados casi hasta tocar los cielos eternamente negros, congelados en un crepúsculo triste. Los árboles eran esqueletos de madera cuyas ramas se alargaban hacia el cielo, como tratando de arrebatar las primeras gotas de una lluvia ácida a las nubes, estirando sus dedos esqueléticos como rezándole a un dios que, si estaba allí, debía usar máscara anti-gas. Le rogaban que diese una partícula de agua limpia, un trago dulce que no supiera a hollín ni a melancolía.

Sólo quedaba del hombre un vago recuerdo arrinconado en los estrechos oasis de vida, luchando contra su propio destino, retando a la muerte misma en cada suspiro que sus pulmones gastados daban de aquel aire apenas respirable. El murmullo de la multitud apretada contra sí misma y contra su tristeza, parecía querer abandonar los cuerpos alargados y maltrechos que apenas cargaban con sus almas, ya muy pesadas para huesos quebradizos recubiertos de carne flácida y sin vida. Nada había en ese mundo que despertase la esperanza que se había dormido.

Las sombras caían pesadas bajo las eternas nubes de polución que encapotaban el cielo. Las construcciones, un día muestra del poder del hombre, eran ahora un penoso recordatorio del mundo que había sido consumido tras décadas de progreso desmedido. En la última ciudad del mundo, entre la basura y los desechos que tapizaban el andar de los últimos humanos, del último espacio apenas habitable del planeta, una pequeña oruga se abría paso ondulando su cuerpo de colores ya jamás vistos por las miradas ofuscadas de los hombres. Pasó por entre una lata de cerveza casi oxidada, se arrastró entre el resto de una bolsa de comida rápida y rodeó un viejo televisor mientras buscaba un lugar seguro donde posarse, pues había llegado aquel día tan esperado con que todas las orugas sueñan ansiosas desde que son pequeñas larvas, el día en que inician un peregrinaje casi sagrado, milenario, podría decirse hasta mágico, para comenzar uno de los actos más extraordinarios de la ya extinta naturaleza, esa naturaleza verde remitida a recuerdos.

La pequeña oruga alzó la vista sin reconocer nada de lo que había a su alrededor. Sus padres le habían hablado del mundo, de ese lugar donde las orugas se convertían en mariposas y volaban con sus frágiles cuerpos alados hacia el crepúsculo, surcando bosques, mares y montañas, elevándose casi hasta tocar el sol planeando entre el ocaso y la brisa. Ella soñaba con ver esos bosques, esos mares, esas montañas, ese sol del que sus esperanzas se habían tintado, coloreando sus anhelos, pues hasta ese momento de su vida únicamente había conocido las formas alargadas y estrechas de la obscuridad, del polvo y de seres alargados que caminaban con la mirada perdida y el rostro agachado.

Se movió por el suelo, trepó entre cartones viejos y entró a través de una grieta en la pared de una casa cercana. El interior era iluminado por la luz de una vela que danzaba haciendo tiritar las siluetas de las sombras que se proyectaban en la pared. La electricidad había desaparecido años atrás, que luego de haber sido de todos, pasó a manos de unos cuantos ricos, y al final ya no era de nadie, porque ya no había más electricidad que alimentase los kilómetros de cables ni las venas de las centrales eléctricas, no había ríos que dieran vida a las represas, ya no había combustibles, para ese punto tampoco había un viento cálido que hiciese girar las aspas de los molinos. La pequeña oruga continuó avanzando un poco más, moviendo sus pequeñas patitas en ese movimiento pautado, fluido y lento en que su cuerpo se alargaba y encogía con pasmosa facilidad, sin apresurar movimientos. Se deslizó por una vieja cortina hasta llegar a una ventana que miraba por sobre los demás edificios. Allí, con fascinación, contempló un pequeño tallo, tan sólo un flácido pedazo de rama

que no era más grueso ni alto que un lápiz, incrustado sin ganas dentro de una maceta cuyo costado estaba roto y la tierra de su interior se desbordaba sobre el marco de la ventana, sin embargo, pareció a sus ojos el lugar más hermoso del planeta.

La oruga subió sintiendo la extraña sensación de tierra entre sus pequeñas patitas. Se sujetó con firmeza al tronco y subió hasta la parte más alta donde éste se curvaba ligeramente. Era el lugar perfecto, justo el que sus padres le habían indicado cuando recién era una pequeña larva, cuando con cariño le explicaron brevemente dónde y cómo debía prepararse para ese extraño suceso del que todas las orugas eran partícipes, donde la naturaleza y la magia convergían en un acto de suprema metamorfosis. Mientras subía por el famélico tallo, se imaginó que así debieron sentirse sus padres, sus abuelos, sus antepasados, todas las mariposas que fueron orugas, con esa emoción y excitación que corría por su regordete cuerpo alargado, envueltas de alegría cuando comenzaban a fabricar su capullo. Mientras se colgaba bocabajo y formaba con delicadeza lo que se volvería su hogar durante los próximos días, comenzó a recordar la primera vez que vio a sus padres, aquellos extraños seres con sus cuerpos delgados y enormes alas de colores que brillaban al ser tocadas por un haz de luz muy vago que se filtraba entre la espesa niebla de una mañana, quizás de otoño, o primavera –daba igual la temporada–, el clima siempre tenía ese tono triste, ese color triste, ese sabor triste. Batiendo sus alas con dulzura parecían levitar sobre la pequeña oruga recién salida de su huevo, y ella les miraba con fascinación, con asombro y encanto.

Se preguntó cómo sería volar, cómo sería cargar con esas enormes alas. Se preguntó también quién le enseñaría, pues sus padres hacía mucho tiempo que se habían ido. Volaron a donde todas las mariposas iban, a un lugar muy lejano del que nacían flores tan grandes como platos de colores, que parecían haber sido descosidos de los mechones dorados del sol, maquilladas con el brillo de los rayos al reflejarse en el agua cristalina.

Cuando terminó de tejer su capullo, la oruga cayó en el sueño de la metamorfosis, aquél del que sus padres le contaron, donde aprendería todo lo que debía saber. Y con ese último dato ellos partieron, su madre se le acercó dulcemente para apretar el pequeño cuerpo de la oruga contra el suyo antes de emprender el vuelo, despidiéndose con la promesa de que se verían de nuevo en su nuevo hogar cuando llegara el momento. Un escalofrío recorrió su cuerpo ya dormido, podía sentir su ser revolviéndose, apretándose, su transformación había comenzado y con oníricas esperanzas se dejó llevar por su naturaleza.

Al mismo tiempo, el mundo humano había empezado su propia metamorfosis, una hacia el caos y la extinción. Las primeras horas del amanecer del primer día luego de que la oruga empezase su transformación, la crisis de alimentos alcanzó su punto máximo y estalló como una bomba que nada pudo detener. La gente en las calles de la última ciudad del mundo se arremolinó contra las tiendas de suministros, lanzaron piedras, se golpearon con los puños, se empujaron unos contra otros, convirtieron en armas todo cuanto tenía a su alcance, inclusive un hombre solo vestido con unos pantalones raídos, empuñaba un fémur humano a modo

de garrote con el que lanzaba feroces golpes hasta que una botella de una conocida marca de refrescos explotó en cientos de pedazos al chocar estruendosamente contra su cráneo que pareció romperse también. Al mismo tiempo, la oruga soñaba con la brisa perfumada de la primavera, soñaba que volaba entre los árboles de un bosque y tocaba las nubes, unas nubes blancas y esponjosas como algodones en las cuales se podía dormir bajo la mirada de las estrellas. Soñaba que una ardilla correteaba por las ramas de un abeto, que un venadillo saltaba por entre los arbustos, vio inclusive una mamá oso con el osezno moviéndose por aquel bosque, mientras los rayos del sol se filtraban como hilos de dorado ámbar por entre las copas de los árboles.

El segundo día comenzó la crisis del agua, la gente sedienta de violencia casi tanto como de aquel líquido ya extinto de los ríos, lagos y bebederos, convirtió edificios enteros, botes de basura, autos que desde hacía décadas no funcionaban, en hogueras de metal derretido e inclusive algunas personas se volvieron piras vivientes que corrían por las calles. El aire se volvió aún más insípido haciendo que los más viejos o aquellos que estuviesen enfermos muriesen sofocados al caer la tarde de aquel segundo día. La oruga soñó que bebía las gotas de rocío del pétalo de una flor, y soñó con uno de aquellos seres que veía andar con la mirada perdida y el rostro agachado, tomando esa flor y colocándola en los mechones castaños de una joven que con delicadeza pegaba su rostro al de él, uniendo sus labios en lo que oyó ellos llamaban “beso”, y la oruga se preguntó entre sueños si las mariposas podrían besar.

El tercer día llegó la crisis de las divinidades. Cada uno con su religión, con su propio dios, empezó a orar, poniéndose a cuentas más con su creador y su inevitable destino. El medio día se pintó de oraciones en todos los idiomas, en todas las formas: cantos, ruegos, letanías, súplicas y llantos se elevaban como el rugido de las explosiones cercanas, detonaciones que pronto comenzaron a repetirse una tras otra, armas que soltaban sus gritos atravesando las flácidas carnes de quienes se habían resignado y perdido la fe o de aquéllos que quisieron adelantar su camino al más allá. Esa tarde, antes de que la noche llegase, la oruga soñó con el canto de las aves, con el melodioso tintineo del gorrión, el armónico silbido del ruiseñor y el terso canturrear del canario que enamoraban al sol y la luna en las noches de verano de las praderas. La oruga quiso aprender sus canciones, quiso cantar con ellas y bailar mecida por la brisa hasta que el sol dormitase en el horizonte, soñó que de mariposa se convertía en ave, en una hermosa ave de colores radiantes que brillaban al ser acariciados por la luz de la luna.

El cuarto día trajo consigo la resignación, la derrota, cuando los últimos humanos, de la última ciudad del mundo, se sentaron en las calles, agotados, sedientos, sucios, hambrientos, derrotados y nostálgicos, a mirar las fotografías que sus abuelos habían guardado, que dejaron como herencia y única posesión para los suyos. Miraron rostros felices y promesas rotas, miraron pasados que no conocían, miraron ayeres extraños, miraron los sueños perdidos en momentos de un tiempo demasiado lejano que les eran ajenos, desconocidos. Abrazaron esos recuerdos

alquilados para tener algo con que partir, y antes de caer la noche algunos los compartieron entre sí, se prestaron sus recuerdos y aceptaron otros que un extraño les brindaba con la intención de ya no sentirse tan solos, tan abandonados. Por primera vez el hombre fue uno consigo mismo, con su pasado, con su semejante. La ya casi mariposa, la oruga que terminaba de transformarse, soñó con el mar, con el sabor salado que bañaba la brisa, con el sonido de las olas al romper en la costa, con la espuma que chocaba contra la arena blanca. Y esos sueños no eran sueños, eran recuerdos, los recuerdos que sus padres habían dejado en su instinto, en su inconsciente de generación en generación desde que las orugas se convertían en mariposas y volaban por el cielo. Aquél era el legado ancestral que guardaban las mariposas como los hombres guardaban fotografías.

Al quinto día, a la hora en que el antiguo mundo estaba más despierto, cuando el tráfico llenaba las calles de congestionamientos y cláxones maldicientes, enfurecidos, en que las fábricas sonaban el final de la jornada como un suspiro de alivio para el trabajador cansado de un turno de diez horas, cuando los niños salían de la escuela con la prisa de quienes huyen de un incendio, y cuando el mundo tenía colores que pintaban la tarde y la mañana de algo más que gris y obscuro, la última ciudad del mundo quedó en silencio. Completamente silenciada como si todo hubiera desaparecido en un instante. Fue tanto el silencio que un eco pareció estremecer las calles vacías, como un rayo que chocase contra la tierra, un sonido nuevo, acompañado de un aliento, un suspiro. La oruga,

ahora renacida en mariposa, rompió su capullo despertando del sueño. Su cuerpo había adelgazado, sus patitas eran más largas, su cabeza más redonda y a su espalda dos enormes alas como abanicos se estiraron, alargándose con majestuosidad, como las de un águila que se prepara para emprender el vuelo. Miró aquellas alas, de dos colores distintos, una como la de su padre, y otra como la de su madre.

Se paró al borde del marco de la ventana, contemplando el mundo sin comprender que había pasado, desconociendo los horribles acontecimientos que habían transcurrido durante su sueño. La mariposa abrió sus alas y remontó vuelo por primera vez. Al principio pareció tambalearse en el aire pero luego, como el instinto más natural en aquellos seres, voló con la gracia y la elegancia de sus antepasados. Se elevó entre las calles y cruzó los edificios en ruinas, su aleteo pareció estremecer el silencio, el dulce aleteo de las alas de una mariposa era lo único que sonaba ahora en la última ciudad.

La última persona del mundo, que yacía recostada bocarriba en el suelo, apretando en sus marchitas manos las fotografías de un mundo que ya se había extinto, vio en el cielo gris cruzar una mariposa que batía con gracia sus alas. El último hombre del mundo jadeaba con dificultad, sus pulmones colapsaban ahogados de un enfisema, su cuerpo anémico ya no podía encontrar la fuerza para que su corazón bombera una sangre espesa y obscurecida, su piel llagosa se laceraba con sólo moverse y sus ojos empezaban a entrecerrarse, pesados hasta para sus propios pensamientos. Pero, al contemplar por última vez el cielo, pudo ver a una

mariposa volar sobre él, cruzando la obscuridad y desapareciendo hasta perderse.

Entonces, su mente que como la llama de una vela que se consume empezaba a apagarse, pensó; “A dónde esa mariposa vaya… yo quiero ir, pues ellas siempre van al paraíso”. La mariposa voló a donde todas las mariposas vuelan, a donde todas ellas van, a ese lugar que desde generaciones, mientras ocurre su magnifica metamorfosis, sueñan con llegar. Nadie sabe si la mariposa llegó, si aquel paraíso que vio en sueños era aún real, nadie sabe qué pasó luego, pues, cuando el último hombre, de la última ciudad del mundo murió con la mirada perdida en el cielo gris, no quedó nadie que fuese testigo de esta historia, ni que oyese o contase lo que pasó después.

A ti, que lees éstas mis palabras, te escribo para que sepas que existe una belleza no escondida, sino que está en la mirada más triste de un alma rota, y en la sonrisa más dulce en la que he encontrado el consuelo de los días más obscuros que han opacado el calendario de mi vida. No conozco a ese dios del que hablan ni he conocido esa iglesia que anuncian… pero he visto la lluvia que cae en el valle cuando los sueños caminan tomados de la mano de la luna, he sentido el rocío tibio de la mañana acariciando la esperanza y he visto las estrellas en las noches de verano que pasean con gala por el manto nocturno… en esto descansa mi fe, pues mi espíritu lo ve a través de mi cuerpo, y en el canto de las aves al amanecer se escucha la voz de la única deidad en la que creo, una que no se oculta en su propio paraíso, lejos de nosotros, que no está en un Cielo

condicionado por términos legales, no apto para todos, sino que lo hace aquí en la Tierra, tan real y cercano como esto que te he dicho...

Tomad, comed y bebed... que este es mi cuerpo que por vosotros es dado, para que en su vida la mía viva. Con amor, Gaia, Pachamama, la Madre Tierra...

La leyenda que contaba el abuelo

Juan Carlos Cortés Quijano



Caminaban sobre una alfombra verde de tréboles y dormilonas que esquivas se cerraban al percibir movimiento cercano. La tarde apacible invitaba a dar un tranquilo paseo a campo abierto. Padre e hijo disfrutaban del aire puro y fresco de aquel lado de la montaña. Mientras avanzaban examinando el terreno, el pequeño, divertido, correteaba a un frenético colibrí que volaba a baja altura trazando increíbles y exactos zigzags.

Pasando unas rocas de regular tamaño cubiertas de musgo, se abría un claro: del lado izquierdo la panorámica del valle, del lado derecho se encontraban las ruinas de una antiquísima casa, apenas se mantenían en pie y pareciera que con un soplido se vendrían abajo. El pequeño detuvo su impetuosa carrera paralizado por la sorpresa, contempló con incertidumbre la vieja choza. El padre disfrutaba de la espléndida vista hacia el

valle, por lo que no se percató de que el travieso se introdujo en la casita a satisfacer su curiosidad. No fue sino hasta que el indiscreto crio salió disparado a través de lo que alguna vez fue una puerta.

— ¡Papá! ¡Papá! —gritaba asustado, mientras buscaba desesperadamente al menos el contacto visual.

— ¿Pero, qué ocurre? —sobresaltado preguntaba el padre.

— Allá adentro hay… ¡Hay huesos! ¡Muchos huesos papá!

El padre temió que se tratara de la madriguera de algún depredador y que tal vez se encontraría agazapado al acecho. Echó un vistazo rápidamente a los alrededores para descartar su recelo y precavido se acercó al quicio de la puerta con intención de mirar la osamenta que mencionaba su hijo. Efectivamente había en el suelo un esqueleto completo: el cráneo, todo el tronco y las cuatro extremidades. Soltó un suspiro de alivio. Aquellos restos pertenecieron a una raza ya desaparecida hacía mucho tiempo y de la que no quedaba ni un sólo espécimen vivo en todo el planeta. Sonriente y confiado se dirigió a la espantada criatura.

— Acércate, no hay porque temer. Reconozco que es algo que no había visto en toda mi vida, pero tus abuelos me platicaron de ello en su momento, para mantenerme quieto en alguna noche de luna llena.

El hijo se acercó a media confianza, sentía miedo del abrupto descubrimiento de aquel osario. Miró una vez más el esqueleto, sobre todo por lo que había dicho su padre acerca de la historia y los abuelos.

— ¿El abuelo conoció a esas "cosas"?

No eran "cosas". No, hijo. Su padre le contó la historia, y mi padre me la

contó a mí. Creo que ha llegado el momento de que tú la sepas, cuando toque el turno, se lo contarás a tu hijo. Ven, busquemos un lugar donde sentarnos, te relataré la leyenda.

— ¿Me dará miedo?

— No, sólo debes poner atención en lo que pasó en aquel tiempo para entender nuestra vida tal y como la conoces actualmente.

Treparon las rocas cubiertas de musgo, la perspectiva dominaba todo el valle que en esa época del tiempo se coloreaba de lo más diversos matices de verde. Un abejorro cruzó delante de ellos a toda velocidad, se apresuraba porque llegaría, tal vez, tarde a su cita.

— Tu abuelo me contó que hubo algunas criaturas que llegaron de más allá del Gran Estanque, en la época en que sus aguas eran sólidas. Caminaron mucho antes de llegar a estas tierras, y cuando llegaron habitaban en pequeños grupos; se alimentaban de lo que la Tierra les daba así que se movían de lugar continuamente. También aprendieron en su momento a cazar y a pescar; usualmente se quedaban a vivir cerca de donde había agua, cuidaban del bosque y de los ríos porque de ahí obtenían el sustento. Aprendieron rápidamente a descifrar las señales de la naturaleza, entendían sus ciclos y procuraban que así se cumplieran, respetaban la vida y su entorno. Rápido se propagaron y crecieron en cantidad, así que requerían más alimento; aunque se extendieron por muchas regiones, seguían siendo conscientes de cuidar donde vivían. Pasaron largos periodos de tiempo de esa manera, hasta que sus necesidades se

fueron transformando, por lo tanto las promesas de venerar y cuidar la Tierra se fueron olvidando, hasta el punto en que nadie de ellos recordaba ningún acuerdo. Evolucionaron para bien en algunas cosas, pero en otras empeoraron: hacían cosas para lastimarse entre ellos mismos, peleaban por el agua, por las presas de caza o por el territorio. Empezaron a matarse entre sí; los que sobrevivían, los más fuertes, se tornaron sanguinarios e instigaban a los débiles a servirles o a hacer el mal a otros. Hubo algunos periodos de paz, mas no eran prolongados. Esas etapas eran sólo el presagio de que vendrían cosas peores… Tu abuelo hacía una pausa aquí y reflexionaba sus palabras dándole un poco de suspenso a su relato. Alcanzaron una fase que a la larga sería el principio de su fin: la llegada de la "civilización".

El pequeño hizo un gesto de asombro, aunque no sabía que significaba aquel término.

— Tuvieron que pagar un precio muy alto por el progreso. Solo entonces, fue cuando rompieron la armonía existente; enloquecieron y empezaron por destruir los bosques, eliminar los árboles que consideraban un estorbo, para hacer lugares más grandes para vivir pensando en su comodidad, ensuciaron el agua de ríos a tal grado, que ningún pez podía ya sobrevivir allí, acabaron con los manantiales derrochando cantidades enormes de agua y dejaban desechos en cualquier lugar en donde estuvieran, así sin remordimiento, sin pensar en el futuro inmediato. Pareciera que algún odio paradójico invadió sus corazones porque contaminaron grandes extensiones de suelo y hasta idearon mil maneras de

como intoxicar el aire que también respiraban otros habitantes del planeta. Cazaban ya no para comer, sino por la pura satisfacción de matar, de sentirse superiores a todos los demás. Quizá demostraban supremacía en algunos aspectos, pero en otros, la inferioridad era más que evidente. Hubo algunos que se preocuparon por defender e intentar rescatar aquellos espacios que aún quedaban a salvo, pero era inútil, era ir contra la corriente. En su incomprensible locura, fueron desgastando las fuentes que proporcionaban oxígeno, agua y alimentos; empezaron a escasear y a provocar feroces peleas, aunque eso no fue tan grave en comparación a lo que hicieron posteriormente.

— ¿Qué más pudieron hacer? ¿Por qué si vivían bien, lastimaban a la Tierra? – preguntó realmente afligido el chico.

— No lo sé. Nadie lo sabe hijo, ni los más viejos pudieron entender que pasó, a pesar de que tenían una envidiable comunicación, nunca pudieron ponerse de acuerdo. Como te dije, enloquecieron. Esa es la única explicación para toda esa inexplicable maldad. Jugaron de una manera inconsciente con lo más íntimo de la naturaleza, la manipularon de una forma tal que liberaron una fuerza invisible que fue atacando a cada uno de sus semejantes; curiosamente, sólo les afectaba a ellos, y a ningún otro animal; enfermaban sin motivo, de un día para otro ya estaban enfermos de un extraño mal que les hacía llorar y estornudar mucho. Poco a poco, la enfermedad iba minando su salud hasta matarlos. Nunca encontraron una cura, no pudieron contrarrestar el mal que ellos mismos crearon. Así fue como desaparecieron de la faz de la Tierra.

— Vaya historia. Eso no pasará con nosotros, ¿verdad papá?

— Claro que no, hijo, no debes preocuparte. Afortunadamente, aquel padecimiento quedó eliminado cuando murió el último del género. La enfermedad murió con ellos.

— Menos mal, pero aun así es triste la historia.

— Sí, te decía que pagaron un precio muy alto por todo ese aparente progreso que lo único que logró fue conducirlos a su desaparición. Han pasado muchos tiempos y la Tierra se ha recuperado lentamente, no del todo, pero sí ha mejorado bastante. El aire ya es limpio, los ríos que aun conservan su corriente, han limpiado sus cauces, el Gran Estanque durante mucho, mucho tiempo, arrojó bastantes desechos sobre las arenas hasta casi quedar tan limpio como en un principio. En los bosques más dañados brotaron pequeños árboles que están llenando esos espacios vacíos que habían quedado, y que lo único que producían eran nubes de polvo. La comida que escaseaba, volvió a equilibrarse; el cielo recobró su acostumbrado color azul. Algunas otras especies también desaparecieron totalmente y no volveremos a verlas… es una verdadera lástima. Cualquier forma de vida no debe extinguirse, debe perdurar, trascender, crear más vida y mantener esa armonía con todo lo demás alrededor.

— Yo respeto a los demás y a la naturaleza, como me has enseñado.

— Muy bien, hijo, así debe ser. Será mejor que nos vayamos, está oscureciendo — le decía el padre, mientras vigilaba el descenso de las piedras muscíneas. Era hora de regresar a casa, atardecía y aunque no quedaban muchos depredadores no estaba de más cuidarse.

El pequeño corrió hacia el refugio en donde se encontraban sus hermanos menores que dormitaban todos alrededor de su madre quien miraba aliviada al padre y al hijo volver sanos y salvos.

¿Qué tanto han hecho en la montaña? Estaba preocupada, tardaron mucho.

— Mi padre me ha contado una leyenda que le contó el abuelo.

Volteó a mirar al padre, aunque cariñosa, reprochándole con sus negros ojos.

— Tú y tus leyendas, cuándo dejarás eso.

— Es una buena historia y entretiene a los menores.

El hermano mayor después de haber despertado a los tres menores, pegaba una veloz carrera hasta donde estaban sus padres.

— Papá… ¿y los seres que se extinguieron tenía un nombre? ¿Sabes cómo se llamaban?

— Sí los tenían, no podría decirte todos…

— Un nombre como el de nuestra especie papá, como nosotros que nos llamamos perros. Ellos, ¿cómo se llamaban?

— Entiendo… cuentan que se llamaban “hombres”.

El pequeño cachorro arrugó la frente en gesto de sorpresa, en su mente se hizo la promesa de no olvidar aquella historia y tampoco el nombre de la casta extinta, se lo tendría que contar a sus descendientes como lo hizo su padre con él.



Atik y sus aventuras nocturnas

Sandra Criollo Morocho

Cuando salgo a volar me siento libre, mientras la noche me cobija y atareado busco mi alimento. ¡Soy Atik!, soy un murciélago, el menor de mis hermanos y el más pequeño, y cada día, muy emocionado, espero que llegue la noche para salir a comer y jugar.

Como vuelo y revoloteo toda la noche, tengo hambre a cada rato. Y donde vivo hay muchas plantas con flores y frutas, ¡tengo bastante comida donde escoger! Busco una fruta pequeña, de acuerdo a mi tamaño, la tomo con mis patitas y rápidamente vuelo a la rama de un árbol a colgarme para comer el delicioso alimento que encontré. Luego, vuelo desde mi rama sobre las copas de los árboles, para ver el hermoso bosque y divisar a mis amigos y familia. Muy contento veo como ellos están felices buscando la comida que más prefieren.

Y en este revoloteo, también puedo mirar otros animalitos de diversas formas y tamaños que dan vida al bosque a pesar de que todo está oscuro; cada uno de nosotros tenemos una historia que contar de nuestra vida entre el suelo y el cielo de nuestra amada naturaleza donde vivimos. Ella es nuestra casa y aquí está nuestro sustento y nuestra existencia.

Cuando aparecen los primeros rayos del alba, todos los habitantes nocturnos del bosque emprendemos el regreso a nuestras cuevas y madrigueras para descansar; yo voy cerca de mis padres y hermanos. Pero es costumbre, que antes de dormir, todos escuchemos las historias, leyendas y experiencias que cuentan los mayores de mi colonia. Y lo más importante, nos advierten a los jóvenes que no debemos acercarnos a los lugares donde hay luz; porque allá las personas nos tienen miedo. Dicen que muchos de nosotros han ido hasta allá y nunca regresaron. También cuentan que un día regresó un joven murciélago que se aventuró hasta las luces de las casas, pero estaba muy cansado y herido; se fue directo a su cueva y se quedó dormido y nunca más despertó. Por eso, nadie sabe qué es lo que pasa allá, solo sabemos que es peligroso y es mejor quedarnos en nuestras cuevas.

Intrigado por tanto misterio, me armé de valor y una noche decidí saber qué pasa allá, en los lugares luminosos, quería saber por qué no han regresado los que han ido y por qué nos tienen miedo las personas. Fui al lugar donde están las luces. ¡Claro está! Iba volando por los lugares oscuros. Y cuando estaba cerca de una casa… esperé y esperé hasta que sus habitantes apagaran la luz. Cuando la casa estaba completamente a

oscuras, busqué un lugar por donde entrar y me quedé por varios días escondido en el techo.

Pasó bastante tiempo, hasta que un día un grupo de personas se reunieron cerca de donde yo estaba. Ellos reían y conversaban. Y de pronto, alguien preguntó si allí había murciélagos. ¡Y eso me llamó la atención! Porque estaba preguntando si había más como yo en esa casa. ¡Yo me asusté! Porque pensé que alguien me había visto y habían descubierto que yo estaba allí. Pero nadie se movió y seguían conversando. Me tranquilicé y seguí escuchando con mucha atención. Y alguien del grupo contestó.

— ¡Claro que hay! Y muchísimos. Son negros como la noche y peligrosos como la furia de una tempestad.

Todos se asustaron y temblando de miedo preguntaron.

— ¿Por qué dices eso?

Él contestó.

— Porque chupan sangre y te dejan pálido como el pan que está por hornear.

Cuando el hombre anciano dijo eso. ¡Yo también me asusté! Y me dije:

¡Esos no somos nosotros! A mi familia y a mí nos gustan las frutas, otros prefieren el polen y la gran mayoría se alimenta de insectos de todos los tamaños; sólo a algunos familiares, muy lejanos, les gusta la sangre, pero de otros animales ¡A ellos no les gusta la sangre de los humanos!

Y continué escuchando, y el más joven dijo.

Si hay murciélagos, entonces hay que matarlos a todos, no vaya a ser que mientras estemos durmiendo nos chupen la sangre.

Otro de ellos dijo:

— En esta casa no ha pasado nunca nada, así que pueden dormir tranquilos, los murciélagos están en otros lados.

Y así, todos comenzaron a hablar al mismo tiempo y ya no entendía nada de lo que decían.

Entonces, asustado, salí de allí y regrese a mi cueva y temblando por todo lo que escuché me fui bajo las alas de mi mamá. Ella había estado muy preocupada por mí, pensó que nunca más regresaría; y al verme me acercó a su cuerpo y me preguntó: "¿Dónde estuviste y por qué estás tan asustado?". Yo le conté todo lo que escuché en aquella casa. Ella dijo:

— Los humanos saben muy poco; y, como nos tienen tanto miedo, no se han interesado en conocernos, no saben que nosotros les ayudamos a polinizar las plantas, dispersamos las semillas de los frutos que nos comemos, y hasta nos comemos los mosquitos que a ellos tanto les molestan. Esa es nuestra verdadera tarea, no solo es salir a comer, nosotros también cumplimos una función en la naturaleza. Como no conocen lo que hacemos, cuando nos ven, nos quieren matar, además ellos tienen muchas creencias de nosotros. Creen que los ratones muy viejos se convierten en murciélagos o que un murciélago puede atacar a sus niños y tantas cosas que ya ni me acuerdo. Por eso les damos tanto miedo y buscan todas las formas deshacerse de nosotros.

Entonces me puse muy triste por lo que dijo mi mamá y por lo que escuché en la casa donde estuve, pero me dije:

¡*Esto no puede seguir así, las personas deben conocernos!*

Y decidí salir a buscar a alguien que me ayude a contar a todas las personas la verdad sobre nosotros, los murciélagos. ¡Y llegué hasta aquí y te encontré a ti! Por favor, ayúdame a contar a los demás como es mi vida para que no me tengan miedo. Diles que eres amigo de Atik, el murciélago, y que me quieres ayudar para que todos conozcan la importancia que tenemos en la naturaleza.

¡Tú y yo somos verdaderos vencedores y lograremos llevar este conocimiento a todas las personas que están a nuestro lado y así podremos vivir todos en paz y sin miedo!

Un pastor en el desierto

Rodrigo Torres Quezada



Al llegar al pueblo, lo recibió una comitiva compuesta por tres personas: el alcalde, un anciano ciego que usaba sombrero de copa y cuyo bastón era un fierro oxidado; el alguacil, un hombre vestido de militar con su brazo izquierdo robótico (que no funcionaba) y la presidenta de la junta de vecinos, una mujer vieja con poliomielitis que caminaba con la ayuda de un andador con mandos digitales que se activaban mediante órdenes de voz.

– Le estábamos esperando desde hace mucho, dijo el alcalde alargándole la mano al hombre como si le viese perfectamente aunque sus cuencas oculares, verdes y opacas, mostraban lo contrario.

– Muchas gracias por la espera. He estado muy ocupado atendiendo otras situaciones similares pero lamentablemente sólo han sido rumores sin bases concretas. Espero que este no sea el caso.

– No, por supuesto que no. Incluso yo mismo he visto a la criatura, vociferó con voz de mando el alguacil. Intenté matarla con mis propias manos, pero ya ve: me mordió el brazo izquierdo y ahora lo tengo inutilizado.

– No se preocupe, yo puedo arreglar eso, contestó sonriente el hombre. También es parte de mi trabajo.

– Señor Gould, sea bienvenido entonces a nuestro pueblo Metagonía, exclamó la mujer con una sonrisa cadavérica.

Gould contempló ante sí un conjunto de casuchas agrupadas sin orden, que se extendían alrededor de unos doscientos metros a la redonda, sobre un desierto oxidado bajo el sol. A lo lejos, una enorme máquina con forma de ballena salía a la superficie y luego, nuevamente, se introducía en la arena caliente: eran cárceles ambulantes construidas por el gobierno para que los presos gozaran de la vista. Por lo demás, era una gran muestra de avance tecnológico y respeto por el pasado.

El hombre alojó en un hostal propiedad de la mujer con polio. La habitación que le tocó no era muy distinta a la de los demás pueblos a los que había tenido que ir enviado por el gobierno: ventanas sin vidrios, techos perforados y muros derruidos. Un olor a olvido escapaba por doquier. Antes de entregarse al sueño, abrió el maletín que llevaba y observó con cariño todos sus instrumentos de científico. En una esquina había una diminuta cajita metálica. La abrió. En su interior contenía un papel hecho bolita. Lo desenvolvió delicadamente: era una fotografía; en ella un niño de unos diez años abrazaba a un perro de raza pastor alemán.

Volvió a enrollar la fotografía y la guardó en la cajita. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Se pasó una mano por ellos y secó su brillo. Luego, se dispuso a dormir.

Al otro día desayunó junto a los demás miembros del hostal. En una mesa cuadrada, que tenía una pata levantada con un pedazo de metal para que no cojease, estaba servido el té para cada hospedante, en unas tazas de aluminio. Gould fue el último en unirse al desayuno, por lo que, supuso, ya se habían comido todo rastro de pan. Los hospedantes eran tres: un hombre en calzoncillos que hacía gárgaras con el té; una mujer que estaba conectada a Internet mediante un casco adosado a su cráneo con torniquetes (al parecer buscaba información acerca de algún producto cosmético pues decía: "Necesito algo con aloe vera. Información recibida. No es lo que quiero. Volver a buscar. Necesito información de aloe vera en versión crema. Enviar inquietud"); y una máquina-mascota con forma de venado (su cuerpo era un sofisticado ensamble de metales transparentes con cables fibrosos. Se podía ver claramente cómo el té bajaba por su esófago. El gobierno y los ingenieros a su cargo habían lanzado al mercado distintas especies de criaturas robóticas para que sirviesen a la humanidad en forma de mascotas concientes. Con el tiempo, se soltaron cientos de estos robots en la inmensidad del desierto y el mar verde.

– ¿Y cuándo comenzará su investigación, señor Gould?, preguntó la máquina-mascota.

– Ahora mismo, luego del desayuno por supuesto.

Gould se acercó la taza a la boca y bebió un sorbo de té. Le supo a nada. El hombre en calzoncillos le dirigió una mirada llena de una ternura estúpida. Luego, como imbuido de una emoción enfermiza, tomó la mano de Gould con desesperación.

– ¿Usted viene de la gran ciudad, no es cierto?

– Sí, contestó el científico, asustado. La mascota-máquina, en tanto, sonreía.

– ¿Sabe si ha terminado la telenovela María la hermosa?

– Sí, terminó hace cinco años.

El hombre se puso a llorar. Entonces, soltó la mano de Gould.

– ¿Y sabe si María Dolores por fin alcanzó la felicidad?

– Creo que sí, contestó Gould, confundido.

El hombre le dirigió otra sonrisa tierna y estúpida. Se enjugó las lágrimas con el mantel de la mesa.

– Perdónelos, señor Gould, se disculpó la máquina. Ellos aún sueñan con que el progreso de la gran ciudad volverá a Metagonía. Yo, en tanto, sueño con que usted encuentre a la criatura.

Gould se llevó otro sorbo de té a la boca. Como siguiese sin sentir nada, cerró los ojos y se imaginó una escena de cuando él era niño. El té en ese tiempo le sabía exquisito. Abrió los ojos.

– ¿Y por qué tan interesado en la criatura?

– No soy yo el intrigado con el tema, respondió la máquina. Es el pequeño Joshua. Me ha hecho leerle historias antiguas que le han abierto la mente a un mundo de fantasía y ensueño.

Gould observó al hombre en calzoncillos.

– ¿Él es el pequeño Joshua?

– No, por supuesto que no. Este hombre es un orate del que nadie sabe nada. Hay muchos más por aquí como él. El pequeño Joshua nos ha estado observando todo este tiempo.

El científico miró hacia todos lados del hostal. No sabía muy bien por qué pero un escalofrío recorrió su cuerpo. Entonces, lo encontró: en una esquina polvorienta, debajo de la escalera, un niño yacía sobre una silla de ruedas. Su mirada estaba perdida en el techo y de tanto en tanto movía la cabeza como si se apoderara de él un tic nervioso.

– ¿Qué le sucedió a ese niño?, preguntó Gould con cierta pena.

– Lo mismo que a muchos jóvenes que nacen en esta época, explicó la máquina. La radiación, los transgénicos, la ira... Todo afecta en la genética.

– ¿Y sus padres?, Gould percibió que el chico sabía que hablaban de él pues en un momento intentó enderezar la cabeza la cual tenía apoyada en el hombro derecho.

– Nadie lo sabe. La dueña del hostal lo encontró en el desierto cuando era un bebé. No se sabe cómo sobrevivió ante tal abandono. Hubo quienes pensaron que la criatura le amamantó.

Gould se levantó de su asiento. Se acercó al niño. Su rostro inocente dibujó una sonrisa que en aquel lugar sombrío se asemejaba a una lámpara sempiterna. El científico restregó una mano en la cabeza de Joshua. Entonces, el niño balbuceó algunas palabras. Sin embargo, sólo eran gru-

ñidos sin lógica aparente. Entre sus manos, tenía aferrado un libro. Con dificultad, Gould se lo extrajo. Ante esto el pequeño movió la cabeza de forma desesperada. La máquina-mascota se levantó de su asiento y fue a calmar a Joshua. El científico hojeó el libro, se titulaba *El mundo de los mamíferos* y mostraba diversas imágenes de animales. Gould quedó asombrado cuando en una página, a modo de indicador para no perderse en la lectura, había una fotografía.

– ¿Qué es esto?, preguntó el hombre.

– Es uno de los libros que el pequeño Joshua me hace leerle para el disfrute de su imaginación, explicó la máquina.

– No, me refiero a esto, y Gould le mostró la fotografía.

En esta, se veía un perro descansar vigilante en medio del desierto. Su mirada era triste y a la vez infundía respeto.

– No sé de dónde la sacó pero hace meses que la tiene. Alguien en el pueblo debe habérsela obsequiado, dijo la máquina. ¿No es un hermoso animal?

Gould volvió a colocar la fotografía en el libro. Al devolvérselo a Joshua, el niño movió atarantadamente las manos y se le cayó. Con ayuda de la máquina pudo volver a sostener su preciado libro.

– ¿Hay algún fotógrafo en el pueblo?, preguntó el científico.

– Por supuesto. Salga del hostal y camine recto hacia el norte. Le encontrará con facilidad: siempre está afuera de su casa, sentado en la mecedora al lado de la efigie de un pequeño gato, dijo la máquina.

– ¿Una efigie de gato?

– Así es, una efigie de gato, la máquina sonrió. Joshua movió su cabeza espasmódicamente.

Al salir del hostal, el científico caminó por unos cinco minutos hasta que encontró a un hombre apostado fuera de una casa construida con restos de chatarra. Disfrutaba el vaivén de su mecedora a la vez que acariciaba una pequeña estatua de un gato, la que estaba al lado de la silla. Antes que Gould dijese algo, el hombre dio unos aplausos.

– Bienvenido, hombre de la gran ciudad. ¿Has venido a darnos caza?

– No vengo por ustedes, vengo por la criatura. Sé lo de la fotografía que le diste al niño. Exijo que me muestres todo lo que tengas.

El fotógrafo sonrió.

– Esa fotografía era la última que saqué, no tengo nada más… Si quieres puedes registrar mi hogar.

– Si mientes puedo hacer que te arresten. Recuerda que trabajo para el gobierno, amenazó Gould apuntándole con un dedo.

– Arrestarme sería lo más suave que podrían hacer.

Gould entró a la casa del fotógrafo echando abajo su puerta. Dentro, se encontró con un espectáculo que le dejó pasmado: las paredes del hogar estaban repletas de fotografías de animales. Ballenas, osos, halcones y gatos, muchos gatos, de carne y hueso, eran algunos de los personajes retratados en las imágenes. Gould volvió afuera y encaró al fotógrafo.

– Me mentiste. Dime dónde están todos esos animales.

– ¡Jamás!, entonces el fotógrafo abrió la cabeza de la efigie del gato y extrajo de su interior un revólver. Aún queda un pequeño paraíso en este

mundo… y su secreto se irá conmigo a la tumba… Entonces el hombre se pegó un balazo en la cabeza.

Gould quedó manchado con sangre. Desde el otro lado apareció el alguacil. Caminaba con un bate en su mano no robótica.

– Pierda cuidado, señor Gould. Nadie quería a ese charlatán. Usted siga con su trabajo y encuentre a la criatura. Todos deseamos que le dé caza pues tal como el gobierno dijo hace años: "PARA QUE LOS RECURSOS ALIMENTICIOS NO SE ACABEN PARA LOS HUMANOS, LAS DEMÁS ESPECIES DEBERÁN CEDER SU DERECHO A LA VIDA".

– Es usted un hombre muy bien informado, alguacil.

– Así debe ser, puesto que en este pueblo yo soy el gobierno, dijo el alguacil abriendo los ojos.

Ya de noche, el científico se abrigó y con su maletín lleno de instrumentos acampó en medio del desierto. Volvió a sacar la fotografía arrugada que guardaba en una cajita metálica dentro del maletín. Recordó cuando los hombres del gobierno entraron al hogar con órdenes de asesinar a su perro. Él abrazó a su mascota y le pidió que escapase. El animal, que estaba entrenado, haciendo caso al niño subió al automóvil manejado por un tío, quien lo llevaría al desierto en donde se decía existía un oasis para las bestias salvajes. Poco tiempo después, supo que el tío había muerto en extrañas circunstancias. Pero del animal, ni un rastro.

Sacó de su maletín un arma desintegradora y se la ajustó en el cinturón especial. Recordó las palabras del policía-científico que le entregó su diploma de AGENTE DEL GOBIERNO PARA LA MANTENCIÓN DE LA

RAZA HUMANA: “Recuerden, su misión lleva por nombre LA GRAN EXTINCIÓN y consiste en hacer desaparecer a todas las especies no humanas, pues haciendo eso evitaremos nuestra propia extinción. Son ellos o nosotros. Necesitamos alimentarnos sin nadie que compita con nosotros. Por todo esto, su misión es trascendental y sagrada”.

Se quedó dormido. De pronto, se escuchó un ladrido. Despertó. Tomó su ecolocador ecualizado de sonidos. Otro ladrido. Avanzó corriendo hacia el lugar indicado por su instrumento. Se detuvo. A unos veinte metros de distancia, un perro de raza pastor alemán se paseaba entremedio de algunos huesos de otros animales. La criatura tenía un rostro triste pero infundía respeto. Gould sacó el arma y avanzó apuntando con ésta al animal. Sin embargo, al estar a unos cinco metros de distancia, Gould bajó su revólver: el perro estaba flaco, sus carnes sólo enmarcaban los huesos y sus últimas fuerzas las ocupaba en mantenerse en pie. Como si hubiese absorbido la fuerza de la noche y las estrellas, dio un ladrido. Luego, se desplomó en el suelo. Gould tomó su cuerpo y lo observó por unos cuantos minutos. La noche estaba helada. El cuerpo de a poco fue perdiendo su calor. Entonces, lo enterró en la arena. Junto a él, depositó la fotografía.

Silencio por favor

Federico L. Baggini



Un hombrecito consiguió empleo como capataz de ferretería en los suburbios del tiempo, donde el agua que se desecha es el agua que se bebe. Detrás de una caja de remaches, encontró un frasco de silencio, y procurando no ser descubierto, lo ocultó entre sus pertenencias. Ya en su casa, desenroscó la tapa y untó un poco de afonía en las tostadas a medio coser que merendaba cada tarde al volver del trabajo. Durante los días y las noches siguientes, el hombrecito anduvo callado, no triste ni apenado, sino callado. Al cabo de una semana fue despedido de la ferretería y, poco después, su esposa lo abandonó como si nada. Acudió, entonces, a los mejores especialistas de la medicina y acogió con esmero los consejos del antiguo chamán. Pero a fin de cuentas todo lo que intentaba resultaba inútil.

El asunto parecía no tener solución. Una tarde, torcido sobre su infortunio, el hombrecito se reprochó generosamente haber desperdiciado los verbos, los sujetos y predicados del pasado. Comprobó, también, y de mala gana, la importancia de los buenos modales: gracias, por favor, disculpe, lo siento. Y en menos de lo que canta un gallo, las personitas y los animalitos ofrendados a su amistad rehusaron la falta de educación. ¿Acaso te ha comido la lengua el ratoncito?, preguntaban preocupados. Fue entonces cuando se le ocurrió que el frasco de silencio podía contener en sus paredes las referencias del fabricante o tan siquiera la fecha de vencimiento. Sin embargo, la única advertencia rezaba: "Consumir moderadamente. Se desconocen los efectos de la ingesta excesiva". Leyó y releyó una y otra vez las palabras, buscando en ellas un enigma a descifrar. Pero tras agotar las infinitas posibilidades, reparó en cuestiones antes impensadas: ¿Cuál era la finalidad del silencio? ¿Quiénes fabricaban y mezclaban los ingredientes en su justa medida? ¿Cuántos determinaban el punto exacto de cocción? o ¿Desde dónde se distribuían los frascos? ¿Desde cuándo el silencio formaba parte de los víveres en demanda? Y la más importante de todas: Si la industria del silencio quebrara, los responsables, ¿hablarían al respecto?

"A esto se empeñan los funcionarios y las empresas…", pensó y pensó el hombrecito antes de fraguar las vísceras de un plan ambicioso mediante el cual intentaría derribar las transparencias del imperio oculto detrás de aquel frasco que tanto daño le había causado. Comprendió, pocos pensamientos después, los impedimentos del caso. Tamaña empresa requería

una cantidad abundante de esfuerzos y recursos que él no disponía. En primer lugar, la voz. En segundo, el temperamento revoltoso que caracteriza a los hombrecitos más distinguidos y resistidos. Finalmente, las circunstancias adversas ahogaron el fuego de sus pretensiones en el caudaloso torrente de la resignación, tan cercana al silencio. ¿Tan cercana al silencio? Efectivamente. Pues bien, si un puñado de lógicas fue capaz de producir frascos y frascos de silencio envasado, ¿por qué no aspirar a una industria abocada a la elaboración sistemática de la resignación? Claro, porque no… Sonrió y contuvo las lágrimas, ojalá estuviera su esposa allí, para verlo resurgir de las tinieblas, de su propia serenidad.

Unas pocas horas le bastaron para diagramar y corregir cada mínimo detalle. Los paquetes y botellas de resignación se venderían aquí y allá; los interesados accederían al producto por una módica suma, aunque en principio, y sólo en principio, habría muestras gratis al alcance de la mano. Esto –suponía– captaría la atención de los escépticos. Los jefes de las empresas incorporarían a la dieta de sus empleados una dosis semanal de resignación, pues de esta forma ninguno se quejaría por aquello que le pareciera injusto y mucho menos exigiría mayores beneficios de los que se le ofrecían. Ideas como estas atravesaban su ilusión de lado a lado, y la alegría embargaba al hombrecito de tan siquiera sospechar la buena vida que se daría a cuestas del conformismo ajeno; al fin y al cabo, se decía, él había sido víctima de un emprendimiento similar.

Poco antes de que sus recuerdos se averiaran, una suerte de impulso febril lo indujo a elaborar las *Memorias para la muerte*, posteriormente

llamadas *Memorias para la suerte*. En ellas abundaban las reflexiones que el hombrecito había acumulado durante meses en su cabeza, todas y cada una confeccionadas en la mayor y más estricta soledad. El último bosquejo, hallado entre las ruinas de lo que otrora fuera su hogar, formulaba los siguientes testimonios:

Esa voz no es ella, ni de ella, sino su voz.

El silencio es el ruido de un querer al sufrirse, al pudrirse.

Los silencios más atinados son los que ocultan un beso y un amor impostergable.

El silencio es una repetición inconclusa de perfecciones por enunciarse.

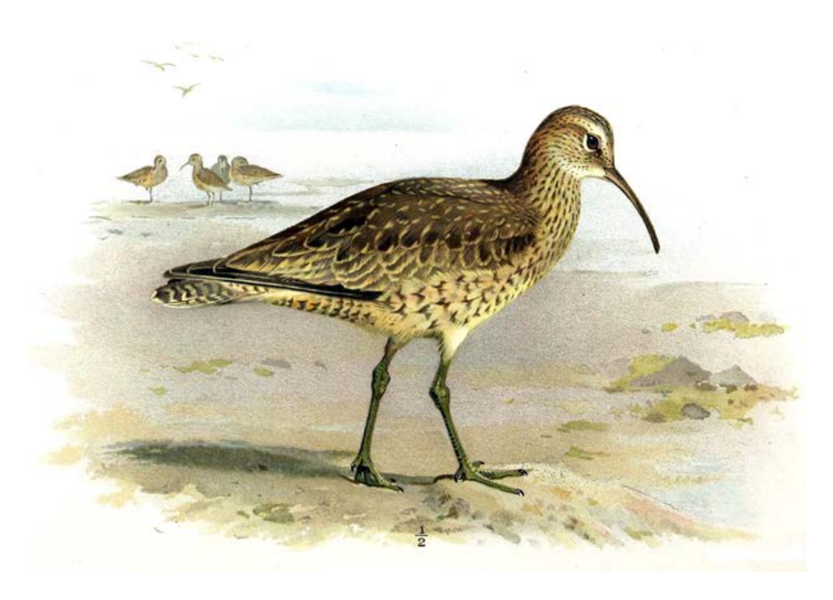
Con todo, el hombrecito aún cobijaba en su interior la incertidumbre por el frasco de silencio que tanto nublaba la utopía arrendada momentos antes en los campos de su imaginación, como remedio de pesados pesares. Estaba dispuesto a desgarrar en pedazos su pasado para empeñar la veracidad de su renacimiento al sueño de la resignación. Fue en un instante de lucidez, cuando vertió el contenido del frasco en una alcantarilla incrustada a mitad de la avenida principal. Las tuberías de los suburbios del tiempo, conectadas bajo tierra por una inextricable red de caños oxidados ingeniosamente dispuestos, condujeron al silencio hacia la mesa de cada hogar, y de allí hacia la copa de cada personita, ingenuas personitas que olvidan a cada sorbo que el agua que se desecha es el agua que se bebe.

El hombrecito supuso que aquello del silencio colectivo era una broma de mal gusto y se recluyó en las profundidades de su habitación, situada

en los confines del destiempo. El pasar de los días, incluidos el trajín y la perfidia, le demostró lo contrario. A tal punto, que la noche menos pensada, una horda de personitas indignadas rodeó y sacudió los cimientos de su casa, haciendo temblar el esqueleto de argamasa. Unas y otras gritaban, gritaban en voz alta, muy alta, pero de sus bocas no salía más que aire, aire impuro, aire duro. El silencio se concentraba en las gargantas y acentuaba las estructuras de la censura, encogía la carne de las cuerdas vocales. Al verlas aparecer a través de puertas y ventanas, el hombrecito tomó entre sus manos un recipiente colmado de resignación y las roció durante una insignificante cantidad de segundos. Las personitas salpicadas detuvieron la embestida a pocos pasos de la muerte sin comprender lo que sucedía. Soltaron las herramientas, y hundiendo la cabeza entre los hombros, se miraron resignadas. ¡Había funcionado, la invención del hombrecito había funcionado! Lástima que no estuviera su esposa allí, para verlo triunfar, para ver como a la larga los suburbios del tiempo se resignan al silencio.

Ayelén y los piratas de la Isla Mocha

Cristián Hermosilla



I

Ese día no pudimos salir a jugar. Amaneció lloviendo y muy fuerte. Las opciones para entretenerse eran escasas. Los adultos podían salir a hacer sus cosas, pero nosotros los chicos estábamos limitados en nuestras libertades. Por nuestro propio bien, nos fuimos al mejor lugar de la casa: la cocina. Ese era el espacio más acogedor. Los tíos, una mezcla de hippies y campesinos, habían arreglado el espacio de tal manera que en cualquier rincón te sentías cómodo. Almohadones, sillones anchos y la mesa redonda en medio de la sala que le daba un aire de castillo.

En un extremo estaba la cocina a leña. Ahí se lo pasaba la tía Ulda. La más joven de las tías, la más querendona. Había estudiado para ser *Chef*, de esos con gorrito y chaqueta blanca. Trabajó en esos barcos de lujo que

pasean turistas, pero después de enviudar, se fue al campo con el Emilio, su único hijo. Como ella misma decía: “el milo (así le decimos al Emilio) y el campo son lo único que me mantienen viva”. Mi mamá me contó que el tío Emilio, el marido de la tía Ulda y papá del milo, murió de cáncer siendo muy joven. Mi mamá dice que el cáncer es una enfermedad que mata el cuerpo y a veces, el alma de las personas.

Los primos sacaron los naipes y el dominó (típicos juegos de vacaciones). Yo agarré un *Condorito* y me puse a leer. En eso y atraído por el olor del pan que la tía sacaba del horno, llegó el abuelo Lucho. Él era un tipo muy alto y delgado, de ojos claros y barba blanca muy larga, la llevaba así a manera de luto desde que la abuela había muerto. Los tíos contaban que los abuelos habían llegado aquí siendo muy jóvenes, nadie sabía muy bien desde dónde. Los abuelos no tenían hermanos, tíos o primos. Nunca se les oyó hablar sobre sus padres, ni de sus recuerdos de infancia. Yo no conocí a la abuela, dicen que me parezco mucho a ella. Una vez vi una foto de cuando eran muy jóvenes. Era de esas fotos que se ponen café de lo viejas que son. Aparecían los dos muy juntos. Se les veía muy contentos. El abuelo parecía un aventurero. Ella, una princesa indígena.

– ¿Y a ustedes chicuelos, que les pasó que están tan amurraos?, preguntó el abuelo con voz grave.

– ¡Estamos aburridos!, balbuceamos casi al unísono.

El abuelo se acomodó en su silla, le pidió a la tía Ulda que le sirviera un vaso de chicha, luego sacó un pañuelo muy arrugado del bolsillo y se sonó la nariz escandalosamente. Parecía que se la iba a sacar de tantos

retorcijones que le daba. Se tomó la chicha al seco. Se puso a desmigajar un pan muy caliente que ya le habían pasado y sin levantar la vista dijo con voz seria:

– ¡Yo les voy a contar una historia pa' que se entretengan un rato!

El anuncio no nos alegró mucho en realidad, al abuelo siempre le daba por contar historias cuando tomaba chicha y casi nadie le ponía mucha atención.

– ¡Ya po', abuelo!, dijo la Luisa, tratando de darle movimiento a la situación.

El abuelo le había pedido la botella de chicha a la tía y no había vuelto a abrir la boca excepto para empinarse el vaso. Sólo cuando la tía Ulda salió de la cocina el abuelo empezó a hablar:

– Ustedes van a ser los primeros en escuchar esta historia, dijo en voz baja y con la sonrisa que la chicha le dibuja en la cara... Les voy a contar como conocí a su abuela...

II

"Mis padres me trajeron a estas tierras hace muchos años –decía el abuelo–, veníamos del otro lado de la cordillera. Yo debo haber nacido allá porque mi padrino contaba que llegué en brazos de mi madre. Llegamos a la hacienda de un señor de apellido Schneider, un tipo grande, colorado y gordo.

"En esos años el bosque cubría la mayor parte del territorio. Los hombres se internaban en él durante meses talando y abriendo claros para

siembra. Mi padre partió para allá con una de las cuadrillas del señor Schneider. En la montaña, durante una noche de agua ardiente se peleó con un compañero. La oscuridad y el alcohol no les permitieron ver la quebrada y los dos cayeron. Demoraron tres días en sacar los cuerpos.

"Mi madre tuvo que salir de las tierras de Schneider conmigo de la mano y con mi pequeño hermano en brazos, el hombre dijo que "no estaba pa' mantener viudas", así que partimos. Un peón amigo de mi padre, a escondidas sacó una yunta de bueyes y nos llevó al pueblo, ahí nos acogieron los compadres de mi mamá. Ellos no tenían como para aguantarnos a los tres, así que como yo ya estaba crecidito, me mandaron a trabajar pa' la costa, donde un hermano del compadre.

"Así fue como llegué a Tirúa. El hermano del compadre era pescador, flojo y borracho. Nunca estaba en condiciones para salir a la mar y cuando estaba no pescábamos mucho. Al poco tiempo lo dejé y me fui a trabajar con otros pescadores. Estuve un tiempo con cada uno, aprendiendo la pega del mar. Había uno bien respetado, le decían el gringo Peter, un tipo grande y con el pelo del mismo color de las pailas que venden los gitanos. Había llegado a Tirúa hace tiempo, arrancando de una gran guerra."

– Está buena la historia abuelito –dijo la Iris que era más grande y más puntuda–, pero todavía no nos cuenta cómo conoció a la abuelita.

– Tranquila mi chiquilla –dijo el abuelo–, voy a sacarle otra botella a la Ulda y sigo contando.

III

Nos habían servido el almuerzo cuando el abuelo volvió más sonriente y con la botella bajo el brazo. La cazuela humeante, la lluvia zapateando en el techo, el vapor pegado a las ventanas. El ambiente se había vuelto más acogedor. Entre el aroma a aliños y el sorbeteo de la sopa, la voz del abuelo retomó la historia.

“Después de mucho insistir, logré que el gringo Peter me diera pega. Yo siempre he sido bien empeñoso y le andaba parejito. Le acarreaba sus redes, le sacaba filo a sus cuchillos, antes que él me dijera, yo andaba buscando que hacer. ¿Sabes leer? Me preguntó un día con su lengua enredada. No se patrón, le dije con vergüenza. El gringo me dijo ceremoniosamente, “el que no se educa, no puede ser libre”, y prosiguió con: “no soy tu patrón”. Ese invierno me enseñó a leer y escribir. Me enseñó los números y a mirar las estrellas para viajar de noche”.

El almuerzo se había terminado. La Luisa y la Iris se habían ido a dormir la siesta. En la mesa el abuelo terminaba por fin de roer un hueso de pollo. El Felipe y la Andrea se habían puesto a jugar a la escoba. Los más grandes se habían sentado ya a comer. Cuando los grandes almuerzan la conversación es un resumen de política, religión, campo y cahuines varios. Por eso el abuelo se va al living, enciende la radio, se sienta en su sillón, cierra los ojos y se va muy lejos, como el mismo dice.

– ¿Y?, le pregunté sacándolo bruscamente del sopor.

– ¿Y qué?, me respondió con cara de querer matarme.

– ¡La historia po', abuelo!, le dije ansiosa, de verdad esta vez se había puesto interesante.

– ¿La historia?, me preguntó, no sé si haciéndose el leso o en verdad se le olvidan rápido los acontecimientos recientes.

– ¡Ah! La historia, exclamó por fin.

– Si po', abuelito, le dije con esa cara que pongo cuando quiero algo.

Echó la cabeza hacia atrás, esbozó una leve sonrisa, como si se hubiera acordado de algo bonito y retomó la historia desde el mismo lugar donde la había dejado.

"Pasé todo el invierno leyendo –dijo complacido–. Debía leerle en voz alta y cada vez que me equivocaba añadía dos hojas más de copias para ejercitar mi escritura. Con los números era más entretenido, me enseño mientras construíamos un bote, aprendí a usar las herramientas y a calcular. Un día me dio un regalo, era un libro que aún tengo por ahí. Se llama "20.000 leguas de viaje submarino", luego me miró y me dijo: "prepárate, mañana vamos a la isla".

Sentada a los pies del abuelo me preguntaba "¿de dónde sacaba tanto cuento?". El que nadie supiera nada de su pasado daba pie a muchas cosas, pero este hombre sabía enredarla a una y si lo que me contaba no era verdad, por lo menos estaba poniéndose entretenido.

"La isla, decía el abuelo sin cambiar de gesto, estaba frente a Tirúa. Mocha le llaman. Salimos al alba, la mar estaba muy quieta. Algo de miedo empezaba a apoderarse de mí, la costa se alejaba y el bote subía y

bajaba. Mi percepción era de habernos quedado quieto. El gringo llamó mi atención de un grito: ¡Mira!, me dijo, al darme vuelta vi como un par de chorros de agua emergían del mar y enseguida dos lomos negros se sumergían rápidamente. Vamos bien, dijo Peter, las ballenas nos marcan el camino. Nunca había visto algo tan maravilloso.

“A media tarde llegamos a la isla. Nos internamos en el bosque y dimos con un claro. En él una ruka muy grande. De ella salió un señor muy alto y corpulento. De barba y cabellos blancos y muy largos. De ojos grises y con una sonrisa que mostraba sus escasos dientes. Se abalanzó sobre el gringo Peter para abrazarlo. Se hablaron en un idioma muy extraño. Luego me dio la mano. Era inmensa. Pasen, dijo, de la ruka salía un aroma a comida irresistible. Entramos.

“En medio de la ruka había un fogón muy grande donde unas mujeres asaban cordero. El hombre grande nos invitó a sentarnos sobre unos cueros de oveja y las mujeres nos trajeron muday para tomar. De repente, entre las sombras se dejó ver una silueta pequeña, menuda y muy ágil. Movía las brasas, corría ollas, pelaba papas, parecía que tenía cuatro brazos. De repente se dio cuenta de que la estaba mirando y creo que me puse colorado, porque ella se sonrió mostrándome las margaritas de sus mejillas. El gringo Peter se dio cuenta y se rió muy fuerte, el otro hombre en un esforzado castellano le preguntó: “¿de qué te ríes?”. Y el Peter le hizo una seña. El tipo asintió con un gesto y llamó a la niña. Ella se puso delante de mí, estiró su mano y me dijo: “Hola, soy Ayelén”. Yo quedé hecho un palo, apenas estiré la mano para saludarla y creo que pronun-

cié mi nombre. Los hombres se rieron fuertemente, el gringo Peter me agarró del hombro y me dijo: "le caíste bien a mi amigo Nikolay, pero le caíste mejor a su hija", y rió otra vez empinándose el jarro con muday.

"Nos sentamos alrededor del fuego. Comimos cordero, papas con mote y verduras de la huerta que las mujeres cosechaban. Ayelén se sentó a mi lado pero me daba cosa mirarla, bastaba con que me sonriera un poco para sentirme mareado".

"Espérame aquí un rato", me dijo el abuelo y se levantó. Al rato volvió con una caja de madera. Con esfuerzo se sentó en la alfombra junto a mí. Abrió la caja y comenzó a pasarme fotos. "Estas fotos, me dijo, son de la época en que vivimos con el gringo Peter en su casa de Tirúa. Ésta es de cuando nos casamos". Era la misma foto que yo había visto de mis abuelos cuando jóvenes, pero en esta aparecía otro señor junto a ellos. Le dije a mi abuelo que había visto esa foto antes pero sin este señor. Mi abuelo tomó la foto y la miró por un rato y continuó el relato:

"Esa noche, después de comer salimos a la playa, sólo los tres hombres. Hicimos un fuego y nos sentamos alrededor. Peter me miró, se empinó un buen sorbo de muday y empezó a hablar: Con Nikolay vinimos hace mucho tiempo escapando de la guerra en Europa. Nosotros éramos simples pescadores y el Emperador nos obligó a unirnos a su ejército. Marchamos a las trincheras, pasamos invierno y verano enterrados. Después de mucha matanza y destrucción, decidimos desertar. Cruzamos al África, luego España y terminamos en Argentina. Habíamos hecho ciertas amistades en Buenos Aires y nos involucramos en ciertas actividades que nos

obligaron a escapar de la Argentina y cruzar la cordillera. Aquí la cosa no era muy distinta a Europa. Los del dinero mandan y el resto obedece. No nos gusta eso. Estuvimos en Santiago y en Valparaíso pero nuestra fama cruzó la cordillera con nosotros y tuvimos que evitar las grandes ciudades. Aquí decidimos estar separados pero en contacto permanente. ¡Lo malo es que aquí también debemos luchar!, interrumpió Nikolay. Así es, contestó Peter. Aquí nos dimos cuenta que los barcos balleneros terminarán con todas las ballenas muy pronto. ¡El ser humano -dijo Nikolay, interrumpiendo de nuevo– tiene tendencia a la destrucción! ¡Cuando se aburre de matarse entre sí –prosiguió– empieza a matar a la Tierra!

“Cuando escapamos de la guerra, continuó el gringo, decidimos combatir ese instinto asesino en el ser humano. Cuando vienen los balleneros, Nikolay y yo salimos a estorbarles. No podemos salvar a todas las ballenas, pero hemos ayudado a varias a escapar.

“Estaba amaneciendo, continuó el abuelo, y me llevaron a conocer la isla. El gringo me contaba que gracias a unas amistades de Talcahuano, consiguieron una lancha con motor, la que usan para acosar a los balleneros. Los balleneros acudieron a las autoridades después de varias incursiones nuestras, acusándonos de ser piratas –prosiguió el gringo– y nos buscan.

“Yo ya me estaba asustando –decía el abuelo– nunca había visto un arma. Pero el relato del gringo y Nikolay me entusiasmaban. Déjenme acompañarlos a la próxima salida, les pedí. No, dijo Peter, no nos acompañarás, pero si nos ayudarás.

“La noche siguiente, en la ruka, después de comer se trazó el plan. La caza de ballenas se hace mar afuera, indicaba Peter en un mapa dibujado sobre la tierra del piso. Con Nikolay saldremos al alba a esperar los barcos. Nuestra táctica es navegar hasta los puntos de caza, interceptar los barcos, tratar de salvar la ballena y desaparecer. Como las autoridades enviaron a la armada a buscarnos, nos esconderemos en el mar y volveremos a la isla cuando oscurezca. Tu tarea, Lucho, me dijo el gringo mirándome a los ojos, será recorrer la isla junto a Ayelén buscando barcos de la armada que estén merodeando, si los ven, irán a un lugar que Ayelén te mostrará y harán señales con estos espejos. El gringo nos pasó un saquito con un par de espejitos de esos que usan las señoras para pintarse. No sabemos si la armada sabe que nos refugiamos en la isla, así que tengan cuidado. Esa noche no pude dormir, pero en verdad no sabía si el insomnio era por la “misión” o por qué pasaría el día con la Ayelén.

“Cuando me desperté Peter y Nikolay ya se habían ido. Las mujeres nos habían preparado un rokin con queso, pan amasado, chicha recién hecha y varias frutas. La Ayelén me estaba esperando hace rato afuera de la ruka, cuando salí me miró sonriente y empezó a caminar. Como pude me amarré el rokin a la espalda y salí detrás de ella. Caminábamos por la orilla de la playa, luego subíamos al bosque y después volvíamos a bajar a la playa. Ayelén se detenía a mirar el horizonte y luego seguía, yo detrás sin saber qué hacer ni decir. “¿Siempre eres tan callado?”, me preguntó de repente haciéndome tropezar de la sorpresa. “No”, dije con voz seca. “Y cuando hablas ¿de qué hablas?”, volvió a preguntar sin mirarme.

"En ese momento no me salía palabra de la boca. La Ayelén me había embobado absolutamente. Sólo reaccioné cuando de un empujón me metió detrás de unos matorrales. "¡Silencio¡", me dijo. Nos agazapamos entre las ramas y observamos a una lancha de la armada que pasó lento y muy cerca de la playa. "¡Los marinos ya sospechan algo!", dijo Ayelén preocupada. Cuando la lancha se alejó, Ayelén salió corriendo, adentrándose en el bosque: "¡Sígueme!". Alcancé a escuchar y corrí detrás de ella. Luego de haber corrido bastante, nos detuvimos. "¡Espera!", dijo como recordando. "No podemos hacer señales mientras los marinos estén cerca". Nos sentamos en el suelo por un rato, Ayelén jadeaba como un animal cansado. "¿No entiendes verdad?", me dijo con cierta complacencia, adivinando que era muy difícil para mí comprender la situación. "No", respondí cortante. Me sonrió, pero su sonrisa no tenía el mismo brillo. "¡Pero no significa que no me importe!", le seguí respondiendo, con una frase que hasta el día de hoy, no sé de donde me habrá salido.

"Ayelén apartó su mirada un instante. Usaba una trenza que le llegaba a la cintura. Un extraño vestido que parecía que se lo hubieran hecho con una de las camisas de Nikolay. Su piel era morena como la de las otras mujeres. Pero sus ojos eran iguales a los de su padre. Luego de suspirar profundamente, me miró y me dijo: "Las personas no entienden que somos parte de la tierra. Que las especies dependen de otras para sobrevivir. El hombre mata por demostrar que tiene el poder para hacerlo, no porque lo necesite. Mata personas en la guerra, caza animales, corta árboles o si no puede cortarlos los quema. De tanto matar, Lucho –era

primera vez que pronunciaba mi nombre, nunca lo oí tan bonito– no quedará nada, destruiremos la tierra y nos destruiremos a nosotros mismos".

"Decidimos espiar a los marinos. Nos dimos cuenta que había dos lanchas vigilando la isla. "Seguramente habrá una con los balleneros –dijo Ayelén–. No podrán acercarse al barco", remató. Nos fuimos a un extremo de la isla, en frente teníamos al océano Pacífico en toda su extensión. La inmensidad me estremecía. "¡Peter dijo que se ocultarían!", recordé de repente. "¿Cómo pueden esconderse aquí?", le pregunté asombrado. "Hemos observado a las ballenas y a los lobos marinos –me respondió Ayelén mientras sacaba los espejitos del bolso– ellos juegan mucho con los reflejos de la luz en el agua. Nikolay y Peter se pintan el rostro y se visten con trajes de buzo que los amigos de Talcahuano les regalaron. El bote también está arreglado, de lejos parece un lobo marino".

"Me puso un espejo en la mano y me llevó a unas rocas. Me enseñó a hacer reflejos con el espejo y me dijo: "Espera a que te avise y harás un reflejo, luego contarás hasta cien y harás otro. Si te responden, deja de hacerlo y esperas que te diga qué hacer, ¿entendido?". "¡Entendido!", respondí. Ayelén se alejó unos doscientos metros de mí, me hizo la señal y lanzamos el primer destello, contamos hasta cien y volvimos a hacerlo. Después del cuarto o quinto destello obtuvimos respuesta. Ayelén me hizo otra seña y nos reunimos en la playa. "¡Ya!, dijo satisfecha, les avisamos que hay marinos!". "¿En serio?", pregunté asombrado. Ayelén sonrió con un poco más de brillo: "¡Sí!, respondió. Lo que hicimos fue enviarles un mensaje en clave. El largo tiempo entre cada destello significa que hay

merodeadores y que no se puede hablar. Ahora ellos saben que estamos vigilados. Evitarán acercarse al barco y volverán esta noche. En un par de horas nos volveremos a comunicar”.

“Nos internamos en el bosque. Ayelén decía que para saber si los marinos seguían aquí había que escuchar a las aves: después de tanto tiempo oyéndolas, empiezas a entender sus cantos, decía. Es uno en la mañana y otro en la noche; cuando hace frio o cuando hace calor; cuando buscan comida o quieren aparearse. Cuando hay extraños también cantan diferente. “¿Y cómo cantaron cuando llegué yo?”, le pregunté haciéndome el interesante. “Cuando llegaste tú, se quedaron calladas”, respondió riendo. Ahora sus mejillas tenían esas margaritas encantadoras. Nos quedamos mirándonos fijamente. En sus ojos vi campos verdes, árboles con frutos maravillosos, cielos despejados y niños riendo. Vi el rostro de mi padre sonriendo. Vi a mi madre y a mi hermano y me vi a mí mismo. Sentí que mi niñez había quedado muy atrás.

“Parece que nos habíamos quedado dormidos un largo rato, porque Ayelén se levantó asustada. “¡Hay que comunicarse!”, exclamó. Corrimos a la playa, nos ubicamos en nuestras posiciones y a la señal comenzamos. Hicimos ocho destellos y nada. “¡Algo pasó!”, dijo Ayelén, con gesto sombrío. “¿Qué hacemos?”, le dije. “Vamos a la cueva, tenemos dos opciones: ya se volvieron o los marinos los pillaron”. Corrimos por la playa hasta llegar a un roquerío. Nos metimos entre las piedras, donde revientan las olas: “¡Afírmate!”, me gritaba la Ayelén. Llegamos a una playita que no tenía más de dos metros de ancho. En la roca se abría una

cueva donde cabía un bote grande. "¡No han llegado!", comprobó Ayelén. "Pronto oscurecerá –continuó– volvamos, la marea va a subir". Nos instalamos en un risco sobre la cueva, las horas pasaban y Ayelén parecía un sabueso oliendo la brisa que llegaba del mar.

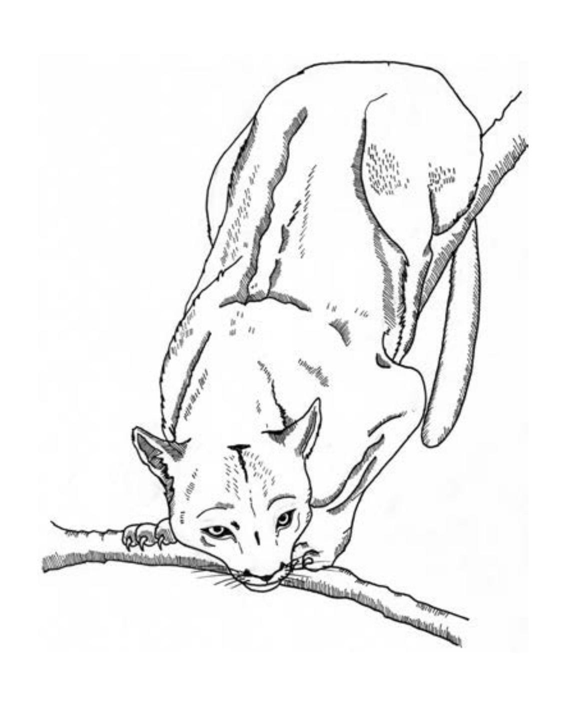
"Al rato un zumbido nos puso en alerta. "¡Vienen con el motor encendido! ¡Eso no es bueno!", dijo asustada. De repente una secuencia de destellos. "¡A la playa!", gritó Ayelén. "¡¿Y los marinos?!", alcancé a decir. "¡Ya no hay marinos¡", me dijo con voz cortada.

"Al llegar a la playa solo vimos a Peter bajar del bote. Se quitó la gorra y nos miró, sus ojos estaban rojos. La Ayelén avanzó unos pasos y se dejó caer de rodillas. Corrí a abrazarla y el gringo nos abrazó a los dos. "No nos íbamos a acercar al ballenero porque una lancha de la armada iba con ellos pero nos dimos cuenta que la ballena iba con su cría –dijo Peter, como disculpándose– entonces nos miramos con Nikolay y aceleramos la lancha. Nos pusimos entre el barco y la ballena. Logramos hacer que la ballena se sumergiera, pero en ese minuto los marinos comenzaron a dispararnos. Logramos esquivarlos un rato, pero una bala alcanzó a Nikolay. Tratamos de escapar, pero nos persiguieron, durante varios minutos, tuve que maniobrar un buen rato y no podía atender a mi amigo –sollozaba–, cuando se cansaron y se fueron, miré a Nikolay, tenía su mano sobre el pecho, sujetaba sobre la herida el collar de conchas que le regalaron las mujeres de la ruka cuando se vino a vivir con ellas, y una suave sonrisa iluminaba su rostro. ¡Vuelvo a la aldea hermano!, alcanzó a decirme y se quedó mirando al cielo". Esa misma noche las mujeres se

subieron a la lancha con el cadáver de Nikolay y se perdieron en el mar. A la mañana siguiente Peter, Ayelén y yo nos volvimos a Tirúa.

"Cuando volvimos, Peter me dijo que era peligroso que siguiéramos juntos, así que él se iría. Con la Ayelén le pedimos que fuera nuestro padrino de casamiento, aceptó muy contento. Ese mismo día me dio como regalo de matrimonio una cajita con algunos ahorros. "¡Para que te armes una rancha!", me dijo, luego me abrazó. Ahí nos sacamos las fotos, una sería para nosotros y otra para él. No quiso llevársela, dijo que podía meternos en problemas si nos veían juntos. Yo escondí una de las fotos y corté la otra para ponerla en un marco".

Después de eso el abuelito se levantó y se fue a su pieza. Murió ese invierno. La tía Ulda cuenta que lo encontró sentado en una loma, mirando al horizonte. Tenía la foto en su mano y una sonrisa.



Agua
(All it`s in all)

Nicolás Carlos de Anda

Como todos los días de sus días se levantó al amanecer. Silbó tres veces la misma tonada y buscó cada objeto alrededor, dentro de las sombras que lo rodeaban.

Pasado un tiempo recordó la llegada del día y comenzó a recibirlo. Lo primero fue prenderle fuego al fuego, en la hornilla cerca de la ventana por donde pronto entraría el sol. Un café caliente y la certeza de un nuevo día. Ya listo con el hacha en la mano salió al día que se mostraba indeleble. Tres pases de un punto a otro y el paisaje era nuevo, tan nuevo como el de ayer, veinticinco años y días con sus respectivos meses que rodeaban la certeza de seguir vivo.

Caminó hacia la ladera este, con un paso de incredulidad entre tanta vida. Midió con sus ojos cada posibilidad de los troncos alrededor. Cada

uno era un tiempo que podía caer, la derrota de un pino y sus hojas de paso. Trabajó durante toda la mañana y el eco de las caídas recorrían el valle, llenándolo de estremecimientos por las muertes súbitas, cuando el decidía gritar: "árbol abajo".

Hacia el mediodía con el sol en la punta de las copas y los hilos de sudor que bajaban sin prisa por sus sienes, descansó y bebió agua del rio.

Ese fue el primer golpe, sintió que todo se movía dentro de él. El estómago le dio vueltas, llegando a saltar hasta casi tocar su corazón.

Pasado esto, dejó que el verde entrara por sus ojos y que la pupila reflejara su inquietud e incredulidad, golpeó el suelo, con la suela como para asegurarse que ahí aun estaba parado y decidió volver al trabajo. Ya nada fue igual.

Caía ya la tarde y el agua todavía corría dentro de él. Regresó a la cabaña, sin saber que pensar sin tener que decir. No podía hablar. Al entrar, el objeto que lo recibió fue el balde que yacía tirado junto a su cama. Lo recogió mecánicamente y se dirigió al río. Ya lleno, lo llevó de regreso y se sentó al borde de su catre a bebérselo con calma. Al terminar sintió que no podía sostenerse y dejó que un sueño acuoso cayera como cortina de catarata en cada uno de sus parpados. Se dejó ir.

Yacía dormido a lo largo de la cama y comenzó a suceder. Dejó de ser para fluir, se desparramó por las cobijas y corrió por sobre el piso hacia la puerta, salió hacia la noche. Bajó como todos los últimos días por la ladera este, hasta encontrarse con el río y se unió a su correr. Estuvo fluyendo sin definir, estaba rodeado de tanta compañía.

De pronto algo pasó, fue jalado, bebido y dejó su forma. Un coyote lo tenía dentro, ahora sabía que ni una gota suya, había quedado fuera. Comenzó a ver las cosas, desde los ojos de él y con él corrió sintiendo entonces su hambre que era la de él. Un conejo comiendo raíces, y la persecución comenzó cuesta abajo. Lo estaba acorralando cuando oyó y sintió un ardor, perdiéndose en cada gota de sangre o agua de la que de él salía, dejaba ese cuerpo prestado.

Lo último que vio a través de los ojos del coyote fueron los del cazador que con la escopeta le apuntaba. Fue rodando hacia el arroyo, siempre hacia el este, donde al mezclarse con él ya no pudo recordar, nunca más.



El bosque de los sueños olvidados

Alethia San Martín

Vivíamos en una casa pequeña a la orilla de la ciudad junto a mis padres y mi hermano Tomás de tres años. Mi padre trabajaba en la gran ciudad, esta tenía un nombre bien particular, se llamaba "Saludos en la nieve", no sé porqué se llamará así, si yo nunca he visto nieve caer. Él se iba en bicicleta, me gustaba su bicicleta era de color azul –el azul es mi color favorito–. Me llevaba hasta la escuela en el asiento de atrás, siempre íbamos tarareando alguna canción desconocida que inventábamos mientras el viento chocaba con nuestras caras rojas de frío.

Había olvidado presentarme, mi nombre es Antonio y esta es mi pequeña historia, me refiero a ella como pequeña, porque sólo tengo 10 años.

Cuando estábamos fuera con mi padre, mi mamá se quedaba en casa junto a Tomás. Antes de cada almuerzo o cena siempre tenía una sopa,

decía que tener el cuerpo calientito hace que el corazón se quedé quieto, debe ser por el calor que da en nuestro cuerpo, me imagino que eso lo debe reconfortar. Por otra parte, mi hermano me acompañaba en las tareas de la escuela, le pasaba hojas blancas y lápices de colores, sus dibujos eran impresionantes para su edad, siempre me pregunté: ¿Cómo Tomás tenía esas ideas en su cabeza, las habrá traído desde la panza de mi mamá? A veces creo que sí porque mi mamá es muy ingeniosa, hacía comidas con estilos de animales, de vegetales, del sistema solar, nunca hizo uno con estilo de una gran ciudad, esos colores no le agradaban.

El día que mi papá me dejó en la escuela, creí que nunca más lo volvería a ver. Todo por culpa de esa lluvia. Estaba en clases de Lenguaje y desde la ventana se veía caer una lluvia gris, comenzó con pequeñas gotas las que crecieron como círculos de nieve, dejándonos completamente en color gris, no podíamos ver nada de lo que ocurría fuera de nuestra sala. Con mis compañeros de curso tomamos nuestras mochilas y empezamos a correr hacía nuestras casas. Yo me sabía el camino de memoria, sólo pensaba en mis padres y en Tomás, mi pequeño Tomás. La lluvia que caía era de cenizas, se preguntarán ¿por qué? Me gustaría responderles pero ni siquiera yo sé, ya que en "Saludos en la nieve" no hay volcanes. Corrí como nunca antes lo había hecho, me sentía con alas.

Cuando dejé de escuchar los gritos de las personas para intentar reencontrarse supe que estaba cerca de mi hogar.

Suspiré profundamente y entré a la casa, ésta no tenía ni una pizca de ceniza ya que las ventanas estaban cerradas, no obstante las ceni-

zas venían con un viento audaz el que podía volar nuestro techo en un instante. Entré a las habitaciones y no había nadie, revisé los roperos, debajo de la cama, dentro del baño, debajo de la mesa, dentro de la despensa, debajo del piso de madera y nada. Desconsolado me senté en el piso helado con mi cabeza entre las piernas y me quedé dormido entre mis sollozos, estaba solo como nunca antes.

Me despertó una luz que llegaba directamente hacía mis ojos, me levanto lentamente y de la ventana veo a una persona muy diferente a las demás, era sumamente alto y en su cabeza poseía dos cuernos, sin querer se escapaba de mi vista. Me levante de un brinco y decidí seguirlo, tomé un gorro y una bufanda, además de una linterna y salí de casa. Alumbraba solo el suelo, estaba impresionado de los pies de éste ser, eran más grandes que los de un elefante, por lo que fijarme en esos grandes detalles me hacía el viaje más entretenido, ya que saltaba esos gigantes pies, o a veces me introducía en ellos. Me llegaban en profundidad hasta la cintura. No quería perderle su rastro, sin embargo tenía certeza que eso no ocurriría, su luz alumbraba todo el cielo.

Caminé sin cesar por varias horas, incluso el día comenzó a asomarse, sin embargo yo no estaba cansado y continuaba detrás de este gigante de dos cuernos. Sin darme cuenta comencé a introducirme en un bosque, éste tenía hojas de variados colores; moradas, amarillas, cafés, azules y rosadas, además sus troncos eran con figuras al igual que los platos de comida que mi mamá hacía. Seguí caminado sin mirar hacia atrás, no tenía miedo, a que le podría tener miedo ahora si estaba solo en este

mundo, ya no había nada, no habían personas, ni mis padres, ni Tomás que era lo que más me entristecía. Tenía la certeza que mientras andaba el camino se cerraba, sentía como el sonido de los árboles se acrecentaba cada vez que los cruzaba, no obstante seguí adelante. Los caminos nuevos que conocía eran impresionantes, las hojas caían como la nieve, desde el cielo azul y el piso se transformaba en diversos colores al son de mis pasos. El sol comenzaba a esconderse, no había comido nada desde que salí de casa junto a mi padre, tenía hambre y preferí descansar un tiempo, me apoyé en el tronco de un árbol, éste tenía forma de luna, me acomodé en sus raíces y me tapé con algunas hojas, dormí.

Me despertaron una gotas de agua que caían sobre mis ojos, no estaba en el lugar de antes sino que me encontraba detrás de una cascada llena de pájaros, algunos no volaban, sino que descansaban en un pajar. También había una funda de color rojo con dos platos, dos cucharas y un fondo de ensaladas y frutas. Me levanté y me acerqué al agua de la cascada para lavarme, pero no tomé en cuenta que había unas algas verdes, me resbalé, cerré mis ojos y comencé a volar. No sentía miedo. Una mano me sujeta y de un tirón me lleva hacia arriba, era el gigante con dos cuernos.

– ¡Me resbalé! –le dije.

– Sí, podrías haber muerto, las rocas de abajo son muy puntiagudas.

–Ya no le tengo miedo a morir, ya no le tengo miedo a nada.

Él se levantó y pude ver su estatura, era más grande de lo que me imaginaba. Sus cuernos eran nidos para los pájaros y sus manos eran

pequeñas en contraste para ese cuerpo tan grande.

– Me llamo Antonio y tú –le dije.

– Facundo. Siéntate, la comida está lista. Debes tener hambre, me has seguido casi dos días.

Me senté y comenzamos a comer, tenía mucha hambre, comía tan rápido que ni siquiera me detenía para respirar, cuando el botón del pantalón se me salió, me detuve y observé detenidamente a Facundo, quien alimentaba a los pájaros de la siguiente forma; una cuchara de comida para él y otra para sus amigos con alas. En su rostro conservaba una larga y lisa barba gris, que le llegaba hasta sus rodillas, sus ojos eran redondos de un color negro, me costaba entender que no hubiera otro color en esos ojos, un celeste, un amarillo, un café. Tenía ojos tristes, tal vez él también perdió a su familia con la lluvia de cenizas.

– ¿Dónde estamos? –le pregunté.

– En el bosque de los sueños olvidados –me respondió.

Me reí, no comprendía que lugar era éste, pero sabía que no estaba soñando. ¿Cómo podría soñarlo? Yo vi como la lluvia de cenizas tapó toda la ciudad, sentía las cenizas caer sobre mí mientras corría hacía mi casa en busca de mis padres y mi hermano, los que nunca encontré, tal vez se desvanecieron junto a las demás personas de la ciudad sin ninguna explicación y yo me quedé solo… bueno, ahora tengo a Facundo; creo.

Se levantó y comenzó a ordenar. Seguí sus pasos otra vez, me puse a su lado y le llegaba a las cintura, me sentía como un enano, sin orejas grandes –claro–, sin barba y ni pies grandes, pero un enano a fin de

cuentas. Comenzamos a armar la cama para dormir, siempre en silencio. Nos acostamos y le pedí que me contara qué hacía en este bosque tan extraordinario. Los pájaros comenzaron a volar por el lugar, me observó con sus ojos vidriosos y me pidió que me sentara porque iba a contarme una historia.

Y comenzó a relatar… El bosque de los sueños olvidados es un secreto, un secreto para mí y ahora para ti. Nunca nadie tendrá que saber de su existencia porque este bosque está lleno de magia, una magia que en tu ciudad no existe; sin embargo, déjame decirte, Antonio, que las personas, los humanos como ustedes se hacen llamar, le hicieron mal a este bosque, porque un día dos leñadores lo descubrieron. Yo me encontraba escondido detrás del árbol donde te quedaste dormido. El de forma de luna, le dije. Sí, es mi árbol favorito, me respondió. Continúo… Estos dos hombres trajeron a más hombres, estaban sumamente entusiasmados con el estilo de los troncos, decían que era algo que valdría mucho, mucho dinero. Comenzaron a venir al bosque por muchos días consecutivos y cada vez venían más y más humanos, escogían y marcaban sus árboles favoritos, lo hacían en el día, así que en las noches yo borraba esas marcas. Pero un día, todo fue diferente, vinieron más humanos, no te podría decir cuántos, pero eran más que los árboles. ¿Más, que todos estos árboles? –le pregunté. Facundo asintió con su cabeza y los pájaros volaron a través del acantilado. Bueno, ese día traían herramientas punzantes para cortar el bosque, no sabían con cual empezar, pues no habían marcas, se pusieron furiosos y comenzaron a cortarlos todos, todos Antonio. Decidí

salir, porque si mataban al bosque de los sueños olvidados me mataban a mí también, ellos son mi familia. Tomé impulso y de un salto caí sobre un humano, eso no me ayudó en nada, llegaron los otros que eran un centenar, se subieron sobre mí y me clavaron algunos cuchillos en la espalda haciéndome caer al suelo, me amarraron con cadenas en los brazos, piernas y cuernos. Continuaron cortando los árboles delante de mí, yo me desintegraba poco a poco, la sangre me salía a chorros y mis ojos se cerraron sin aviso.

Me desperté y era de noche, miré a mí alrededor y ya no existía nada, me sentí totalmente solo y miserable, respiré profundamente y grité, grité tan fuerte que sentía que mi corazón se salía del pecho. La tristeza se apoderó de mí y comencé a llorar como nunca antes en mi vida, yo pensaba que los gigantes con cuernos y pies gigantes no lloraban, pero me equivoqué, si lloramos, o bueno, lloro… no sé si existirá alguien más cómo yo. Lloré toda la noche y toda la mañana, hasta que algo ocurrió en el cielo y comenzaron a llover cenizas. Creo que los gigantes al llorar hacen que lluevan cenizas Antonio. Entonces las cenizas de "Saludos en la nieve" son de tus lágrimas –le dije. Facundo agachó su cabeza y siguió con la historia. Las cenizas se expandieron por el bosque y éste comenzó a crecer otra vez. Como antes. Ya llegada la noche, decidí tomar mi linterna y salir a ver lo ocurrido en la ciudad, estaba todo vacío, no había humanos. Así que decidí devolverme, cuando encontré tu casa era la más lejana de la ciudad, empecé a examinarla desde afuera a ver si encontraba algo y te vi y sin querer te desperté por la fuerte luz de mi linterna… Lo

siento Antonio. Cuando me comenzaste a seguir, sentí miedo, pero al paso del tiempo supe que no eras como los otros humanos, porque mirabas al bosque como yo.

Sorprendido de la historia me levanté. Mis padres y mi hermano Tomás también estaban en la lluvia de cenizas –le confesé. Sí, lo sé. Pero no sé qué les paso a las personas con la lluvia de cenizas, parece que desparecieron –me respondió. Comencé a llorar, no lo odiaba porque sé que él sentía lo mismo que yo cuando querían eliminar al bosque. Lloré toda esa noche y toda la mañana, no podía detenerme. Facundo me daba sopas de tomate para calmarme, me las tomaba y a continuación seguía llorando, así estuve cinco días. El último día me levanté y observé conmovido lo que provoqué, con mis lágrimas hice un río, que circulaba entre medio de todo el bosque, después de ver tal suceso decidí dormir, estaba agotado.

Al paso de unas horas, Facundo me esperaba dentro de un bote, me llamaba con sus pequeñas manos. Antonio, vamos a buscar a tus padres y a Tomás. Me levanté y salté del acantilado hacia el bote. El bosque ahora tenía hermosos peces de colores fluorescentes. Al salir de este mágico lugar observamos que la ciudad estaba como antes, llena de fábricas, de ruidos y de humo, no quisimos detenernos, a Facundo no le interesaban los otros humanos, la verdad es que a mí tampoco, y lo único que anhelábamos los dos era vivir en el bosque junto a mis padres y Tomás.

El río de mi llanto llegaba hasta el jardín de mi casa, había humo saliendo de la chimenea. Estacionamos y bajé corriendo. Facundo, más lento, caminaba detrás de mí. Abro la puerta de mi casa y veo a mi madre

apoyada en mi pecho, con su mano sostenía paños húmedos sobre mi cabeza. Tomás estaba acostado a mi lado y mi papá estaba en la orilla de mi cama.

Antonio, resiste –decía mi madre.

Yo miro a Facundo y le pregunto por qué estoy enfermo y por qué hay dos Antonio, no comprendía nada. Facundo entra a la casa, me observa. Quédate acá –me dice. Lentamente se acerca donde mi madre, haciéndole cariño en sus cabellos castaños, se coloca de rodillas al lado mío y me dice unas palabras al oído, yo de píe escucho esas palabras y sonrío. De su bolsillo saca un pedazo de tronco, con forma de luna y me la introduce en la boca. Me observa. Cierro los ojos. Un fuerte viento me lleva otra vez al bosque de los sueños olvidados. Las hojas de colores me hacen volar, sobre el agua salada que provoqué, agarro una azul. Despierto.

Mi madre está a mi lado.

– ¿Qué pasó? –le pregunto.

– Estuviste muy enfermo, Antonio, después de la nieve, llegaste a casa todo mojado y comenzaste con una fiebre que se demoró muchos días en bajar. Hasta lloraste en los sueños.

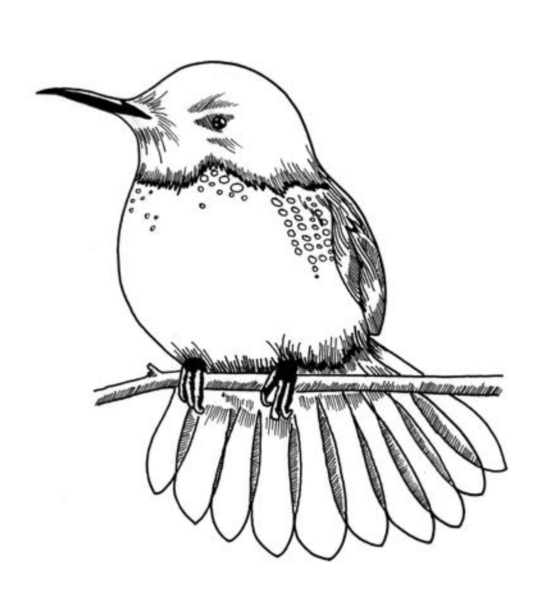
– ¿Y Facundo?

– No sé quién es Facundo, pero quién sea debe ser un buen amigo, lo nombraste todos los días.

Suspiro, mientras muevo los dedos de las manos, percibo algo en la izquierda, la abro y es una hoja azul, la guardo debajo de mi almohada. Desde mi ventana, pájaros de colores vuelan formando dos cuernos, sé que es Facundo. Nunca más estaré solo.

Mislah

Capamonte



Los *Mislah* habitan en lugares inaccesibles. Los contados occidentales que han visitado sus tierras no han vuelto jamás, pues un extraño mal los debilita y a los pocos días mueren inexorablemente. Al menos es lo que cuenta la leyenda, aunque personalmente no creo que exista semejante mal. Estoy seguro que son sólo patrañas inventadas por ellos con el propósito de mantener a raya a los forasteros.

Este curioso pueblo se caracteriza por varias cosas, lo primero que salta a la vista es que son alegres, simples –tal vez demasiado– y sumamente respetuosos. Jamás un Mislah levanta el tono de voz, más bien han desarrollado el lenguaje corporal hasta un punto en que hablar es casi innecesario. Cantan, eso sí. Desde pequeños entonan una especie de Mantra llamado "lahae" que es común para todos ellos. Es, digamos, una

base sonora que van enriqueciendo a su manera a lo largo de su vida. Al llegar a la pubertad cada cual ha desarrollado su "lahae" de modo tal, que es la expresión depurada de su propio ser y frecuentemente emiten cierta vibración –una síntesis de su "lahae"– que en algunas ocasiones entra en resonancia con las de los demás provocando un extraño sonido melodioso, siempre distinto pero muy tranquilizador. Cuento esto a modo de pincelada para mostrar cuán diferentes son de nosotros.

También los caracteriza su longevidad. Conocí algunos Mislah que rondaban los ciento veinte años. Llegar a los cien no es algo fuera de lo común, más bien lo sería morir de, digamos, ochenta años. Tal vez en su modo de vida aparentemente libre de preocupaciones radica la clave de su buena salud. Jamás vi a un Mislah preocuparse del futuro porque ni siquiera tienen el concepto de "futuro" –al menos como lo entendemos nosotros– pues desde nuestra perspectiva, como sociedad no evolucionan y aparentemente los cambios son muy sutiles o inexistentes. Me dan la impresión que siempre han permanecido en el mismo estadio respecto a lo material. No conocen lo que es la ambición, pues consideran que lo tienen todo y curiosamente, los contados casos que observé de minusvalidez, malformaciones o enfermedades crónicas, son objeto de un inusitado cariño y casi veneración por parte del resto de los individuos. Me imagino que de esa forma intentan compensar las carencias del afectado además de fortalecerse como sociedad.

Picado por la curiosidad, indagué y me dediqué a observar aquellos aspectos que en nuestra cultura son de primerísima importancia, tales

como el control de los medios de producción o la división del trabajo. Me costó bastante comprender que los Mislah no tienen el concepto del yo separado del resto. Ellos ni siquiera se consideran parte de un todo pues sienten que "son todo", por tanto el significado de propiedad a ellos no les haría ningún sentido. Además, desde su punto de vista, el todo incluye no sólo a sus semejantes, sino al conjunto del entorno físico. Consideran que el medio natural son ellos mismos, por tanto sus intervenciones son ínfimas, jamás extraen más de lo que necesitan para alimentarse o cobijarse, por tanto prácticamente no existen excedentes en la producción.

Debo hacer notar que en varias ocasiones observé individuos centenarios realizando trabajo físico a la par con personas mucho más jóvenes y muchas veces me pregunté si acaso no padecerían las limitaciones propias de su avanzada edad, sin embargo siempre los noté ágiles y bien dispuestos. De más está decir que esas labores –casi todas de carácter agrícola– las realizan emitiendo aquellos sonidos vibrantes, estableciendo una suerte de comunicación grupal permanente que iba mucho más allá de mi comprensión, de hecho en ciertos momentos me parecía verlos reír al unísono por algo que evidentemente escapaba a mi entendimiento.

El acceso a las actividades laborales –para llamarlas de algún modo, pues en realidad más parecen actividades festivas– por parte de los jóvenes es un proceso paulatino, que comienza a temprana edad y sin distinción de sexo, a través de canciones y relatos. Más tarde observan gradualmente los diversos tipos de trabajos que realizan los mayores y poco a poco van participando en calidad de aprendices hasta que se pueden

desempeñar por sí solos en un sinnúmero de actividades: todos saben hacer de todo, así, cualquier Mislah, hombre o mujer, es capaz de trenzar una soga con fibras vegetales, cultivar granos de alto valor nutritivo o fabricar una embarcación.

Otro aspecto notable es la familia. Las relaciones son ante todo afectivas. Los niños son tratados como reyes, aunque siempre son pocos. Raramente una pareja tiene más de dos hijos pues tienen muy claro el efecto que la sobrepoblación puede desatar. Tal vez en un pasado remoto experimentaron alguna catástrofe que les sirvió de escarmiento. Pero lo más curioso es que un hijo es considerado como tal no sólo por sus progenitores, sino por toda la comunidad. Así crecen bajo un alero amplio sintiéndose seguros, protegidos y socialmente enriquecidos por el permanente contacto con la colectividad.

No podría dar término a esta descripción sin considerar algo que es esencial para los Mislah: su relación con el agua. Le rinden culto al vital elemento y aprovechan hasta la última gota. Desde sus hermosas techumbres ejecutadas con una especie de paja tejida y diseñadas de modo que conducen toda el agua lluvia hacia cisternas para el uso doméstico, hasta ingeniosos sistemas de molinos de madera con los que logran elevar el líquido para regar las zonas altas. Todas las aldeas se emplazan junto a cuerpos de agua, sus vías de comunicación por excelencia. Nunca supe de la existencia de otros caminos que no fuesen acuáticos. Expertos navegantes fluviales, conocen todas las corrientes y son capaces de aprovechar hasta la menor brisa de viento. El baño es una actividad social de

la mayor importancia. Me dí cuenta que bajo el agua también emiten su "lahae" aprovechando el efecto multiplicador del agua como canal acústico y justamente ahora, a la hora de mayor calor he decidido disfrutar de un baño y sumergirme para sentir la resonancia de sus vibraciones, claro que debo ser medido, pues sin darme cuenta podría permanecer más tiempo del aconsejable para un inexperto como yo, con el consiguiente zumbido de oídos.

Mi torturador, tirando de mi cabello con ambas manos, saca mi cabeza una vez más de la sucia tina de baño y ruge con voz aguardentosa:

– Por última vez infeliz, ¡dónde está ese terrorista de mierda al que llaman "el Mislah"!

Historia rápida sobre una pequeña vida

María Nectly Ortega Villegas



Día1

Soy Dino, un pez pequeño que vive en los ríos cristalinos de las praderas de Virina, tengo todo lo que necesito para vivir aquí, mucha comida, un hermoso hogar con aguas claras y rocas redondas de muchos colores, y además ¡he llegado a la edad adulta! Ahora en esta nueva etapa, la misión más importante de mi vida será encontrar una linda pececita con quien pueda comenzar una familia igual de bonita que yo, y a decir verdad he puesto los ojos en Lina, pero aun no estoy totalmente seguro de si ella podrá corresponderme.

Día 3

Hoy es el gran día en el que los machos nos presentamos con las hembras y hacemos nuestro ritual del amor, yo y mi pandilla de amigos nos

hemos decidido a ir en grupo y nos prometimos no volver hasta haber encontrado una compañera para cada uno, estamos ansiosos por salir y yo sigo pensando en Lina, es muy bonita y sabe nadar muy bien así que cuando la vea voy a mover mis aletitas lo más coquetamente posible para que vea que soy un pez hermoso y que estoy muy enamorado de ella.

Día 4

Lina me rechazó, yo hice todo mi mejor esfuerzo pero ella eligió a Pott, mi mejor amigo, eso me hizo sentir muy triste y no quise continuar el ritual, mis amigos me intentaban convencer de volver pero yo ya no sentía ánimos de encontrar a otra pececita, al final, después de mucho insistir, me decidí a dar una segunda ronda de pavoneos sin pensar en ninguna pareja en particular, pero al llegar la tarde no convencí a nadie y ahora estoy exhausto.

Día 7

Salí a dar un paseo corriente abajo para olvidarme que todos mis amigos ya habían encontrado pareja, al llegar al lugar que llamamos "Tesoro de la tranquilidad" por la poca corriente y transparencia que tiene el agua, vi a alguien que estaba descansando también, era una pececita que me recordó a Tina, una amiga pez con la que solía jugar cuando era más pequeño y que un día después de que nuestras madres nos buscaran alimento, de fuera del agua llegó un ser enorme que la metió en un objeto transparente pero impenetrable y jamás supimos más de ella, de nuevo

una historia trágica del pasado sin duda… en fin, volviendo al tema, mientras más me acercaba veía que el parecido con Tina iba desapareciendo, era muy bonita y tenía unas aletas de un color ligeramente más pálido que el mío, ella me miró y asustada iba a huir cuando yo la alcancé y le pregunte como se llamaba, me dijo que su nombre era Mara y que era de los ríos bajos cercanos a la ciudad de los gigantes, cuando vio que no quería hacerle ningún daño me dijo que no tenía donde vivir porque río abajo había sucedido algo extraño y ahora ella no quería regresar, yo la acogí con mucho gusto y entre nosotros comenzó a surgir algo más que solo amistad.

Día 9

He bailado y hecho el ritual enfrente de Mara y ¡me ha aceptado!, creo que yo lo intuía pero por la decepción con Lina ya no estaba tan seguro de ser aceptado por alguien más, ahora ella está cuidando los pequeños huevos que serán nuestros hijos y si son más de 50 yo seré el pez más feliz del río, o al menos eso creo.

Día 10

Ayer mientras bailaba frente a Mara he notado algo que en el momento no me pareció importante, ella tiene en el dorso una pequeña decoloración que también tenían sus aletas cuando la conocí, yo pensaba que era su color natural por ser extranjera, pero ahora que lo veo más de cerca tiene la piel en esas zonas como si estuviera más delgada o frágil, no

estoy seguro, yo le pregunté si estaba bien y me dijo que si pero cuando le mencioné lo que había observado evadió el tema y se mostró muy reacia a volver a hablar con migo de eso.

Día 13

A veces cuando duermo despierto asustado porque Mara se mueve dormida como si estuviera huyendo de algo horrible. Empiezo a preocuparme por ella y su salud, pero sigue siendo reacia a hablarme de su pasado, sin embargo, escuché una noticia que al parecer llegó por boca de un pez que vivía a una hora de nuestra pequeña comunidad y dijo que algo estaba sucediendo río abajo y que era algo espantoso y siniestro, espero sólo han sido habladurías como las que contaban nuestras abuelas para no ir más allá del "Tesoro de la tranquilidad" porque hablaban de monstruos como el que se había llevado a Tina. Obvio que no todos creíamos esa historia y simplemente no nos adentrábamos a explorar más allá por falta de curiosidad... lo que a mi parecer le había pasado a Tina era un hecho de esos que sólo pasan una vez en millones y mi cabeza lo olvidó en el baúl de las cosas perdidas.

Día 17

Mara está muy débil, ya no puede ir muy lejos, sus manchas han crecido y por un momento creí ver partes de su músculo vivas sin nada de piel, pero ella no me deja observarla mucho y se aleja pronto. Yo me he armado de valor y le he preguntado qué es lo que le ha pasado, al fin des-

pués de mucho insistir me ha dicho algo que no se si puedo creer… me dijo que no quería volver a revivir la historia pero que si era necesario para que la dejara en paz me lo diría por fin.

Día 22

He vivido en mi cabeza la historia de Mara y me ha parecido de terror, por algunas noches no he podido dormir bien, estoy muy preocupado por la colonia y el no querer creerle por autoprotección me ha hecho perder días valiosos que quizás podrían hacernos sobrevivir, así que no esperare un día más y cuando amanezca iré con el grupo y les diré lo que me ha contado Mara.

Día 24

Ayer he contado la historia de Mara a mis amigos y demás integrantes de la comunidad, ellos me han dicho que no es posible tal calamidad, que eso no pasa en ningún lado y que lo que Mara tiene es una solo enfermedad rara, además me dan el pésame por ello, porque saben, al igual que yo, que ella no durará muchos días más, pero solo cinco me han creído y uno de ellos se ha ido un poco histérico de la comunidad hacia río arriba; ya no regresó. También dos de mis amigos que dudaron de mí, creyeron buen pretexto esa historia para ir a adentrarse río abajo y comprobar lo dicho; será un día de viaje así que si regresan, en dos días sabré la verdad.

Día 25

Creo que ya no es necesario que Bron y Molto regresen porque apenas al amanecer hizo su aparición la primera víctima visible de lo que Mara me contó. Acababa de salir a dar la bienvenida al nuevo día cuando escuché agitación y algunos al verme murmuraron algo y quedaron en silencio, en espera de que yo compartiera su visión, había una masa sin forma blanquecina flotando en el agua, necesité un poco de tiempo para ver que se trataba de un pez, pero no parecía que hubiera seguido el proceso normal de putrefacción, probablemente había tomado esa forma antes de morir, y esa coloración grisácea en lo que debía ser su piel se parecía mucho a lo que tenía… ¡Mara!

Día 26

Estamos organizados en un grupo grande para partir pronto río arriba, después de aquel pez han llegado otros tres más en parecidas condiciones, parece que hay algo invisible que come su piel hasta dejarlos… sin forma; sin embargo, parece ser que no es contagioso pues yo no tengo ningún síntoma después de todo el tiempo que he pasado con Mara, no obstante, intuimos que hay algo raro en esas aguas que ocasiona tal efecto y es probable que eso pueda llegar hasta nuestro hogar. Por otro lado, tengo en el pensamiento la cosa más difícil que he tenido que enfrentar, Mara es mi pareja y yo la quiero mucho pero parece que es imposible que ella pueda ir más allá de la gran piedra que es el límite de nuestro territorio, no sé qué hacer porque no la quiero dejar y, sin embargo, no quiero morir,

estoy muy triste también porque ella cada vez se ve peor y no quiero que muera pero no sé cómo remediar su mal… ella se la ha pasado intentando convencerme de marcharme con los huevos y dejarla ahí, además me ha dicho que sabe que terminará igual que esos pobres peces porque lo ha visto en todo río abajo y no quiere que yo la vea así, entre los dos prometimos proteger nuestros huevos como primer lugar y hacerlos sobrevivir, así que estoy muy confundido y no sé qué hacer.

Día 28

Estoy muy triste, dejé a Mara entre las algas que fueron nuestro dulce hogar, cargué con cuidado nuestros huevos y esperé poder verla otra vez después de esta pobre vida, di la espalda y no volví a voltear.

Bron y Molto nos sorprendieron pues no pensábamos que fueran a regresar, ellos nos describieron la misma escena que Mara, en sus ojos, estaba la marca del miedo de querer escapar lo más lejos posible y nunca volver, sin embargo, mencionaron algo que intuíamos, pero que Mara omitió, ellos percibieron antes de llegar a los ríos cercanos a la ciudad de los gigantes que había en el agua una extraña substancia turbia y blanquecina que hacia muchas burbujas, tenía un sabor horrendo y no podían respirar bien ahí, sus cuerpos se llenaron de esa substancia que les hacía sentirse jabonosos y al ver tantos peces desechos inmediatamente huyeron sintiendo como esa sustancia era arrastrada por la corriente, cuando salieron de aquel lugar, en sus aletas observaron los inicios de la mancha grisácea que los llevaría a la muerte.

Día 58

Hemos cruzado contra corriente hasta llegar al lago donde nos esperaba una cálida bienvenida por parte de todos los peces, nos ha costado mucho trabajo llegar pero creemos que gracias a estar contra corriente esa sustancia extraña no podrá alcanzarnos, y debido a que han pasado sesenta días, mi mente empieza a pensar que todo lo pasado no nos acechará de nuevo, no sé si tenga razón, quiero pensar que así será, hasta ahora no ha habido otro caso de esa enfermedad ni rastro de aquella extraña sustancia, Bron y Molto fueron los últimos en dejarnos por esa razón, fueron el último recuerdo de que todo fue real. Mis hijos son hermosos, igual que su madre y yo los he cuidado siempre advirtiéndoles de los peligros desconocidos que acechan río abajo, a veces pienso que no lo toman con suma seriedad, será que aunque yo se los digo ¿tendrían que comprobarlo por su cuenta?, espero que no.

*
* *

Esta es una historia con elementos ficticios que se basa en el hecho real que los peces de todo el mundo están siendo afectados por las enzimas que presentan los detergentes, pues estas degradan las proteínas de la grasa de la ropa, pero también de todo lo que tenga grasa, y esto incluye su piel. El uso de los detergentes no es indispensable para la humanidad, reflexionemos sobre nuestro impacto al usarlo.







Desde Editorial Eleuterio nos hemos propuesto construir una biblioteca que abarque la mayor cantidad de expresiones anarquistas para poder incentivar el estudio y compresión desde las perspectivas más amplias y cercanas a las raíces del pensamiento libertario.

Esta tarea significa recoger escritos literarios, investigaciones históricas, compilaciones de artículos anarquistas de difícil acceso y textos de pensadores anarquistas indispensables para todo aquel que desee estudiar la plenitud de la anarquía y su desarrollo en la actualidad.

Eleuterio es un vocablo griego que significa hombre libre: es el adjetivo de la libertad, es decir, la libertad en el espíritu de hombres y mujeres.

Algunos títulos

Colección de Educación

Educación Anarquista Vol. 1,
Aprendizajes para una sociedad libre, VV.AA.

Educación Anarquista Vol. 2,
Para educar en la libertad, de Josefa Martín Luengo.

Serie El Hombre y la Tierra

El Estado Moderno,
de Élisée Reclus

Educación,
de Élisée Reclus

Cuadernos de Literatura

Los anarquistas, de José Santos González Vera

Versos Rebeldes, de Varios Autores

Cuentos anarquistas de América Latina,
Pequeña antología

Hijos del pueblo,
de Rodolfo González Pacheco

Colección construyente

Albert Camus. Su relación con los anarquistas y su crítica libertaria de la violencia,
de Lou Marin

Mi anarquismo y otros escritos,
de Rafael Barrett

101 definiciones del anarquismo,
de Grupo Gómez Rojas (editores)

Co-ediciones

Anarquía. Orden sin autoridad, de Rodrigo Quesada Monge.

Ciencia moderna y anarquía, de Piotr Kropotkin

La cuestión femenina en nuestros medios, de Lucía Sánchez Saornil

Más información en:
www.eleuterio.grupogomezrojas.org
eleuterio@grupogomezrojas.org



Este libro fue proyectado por Artes Gráficas Cosmos. Su crecimiento, al igual que los alerces, fue lento. Comenzó a madurar a fines de 2013. Está compuesto por la familia tipográfica Linux Libertine y Bookman Old Style. Su publicación digital se realizó en febrero de 2016, en toda la región cósmica.



Les invitamos a disfrutar y reflexionar junto a quienes nos otorgaron un momento de sus vidas para escribirnos de sus alegrías, temores y esperanzas. Cuentos de utopías y anti-utopías de mujeres y hombres libres que encuentran la libertad en compartir junto a otras personas: para vivir libre es necesario el amor. Solidaridad que se da en plena conciencia, y que busca atentamente, en las relaciones del universo, las formas más armónicas y naturales.

ISBN 978-956-9261-16-9

LETRAS LIBERTARIAS

volumen uno



